

**Pensamientos
de
N. P. Guigo**

(† 1136)

Cartuxa de Aula Dei - 2000

Primera parte

Introducciones

Buscar a Dios en el hombre interior, *-ipsum Deum in homine interiori quæramus-*, es una obligación que pesa sobre todos nosotros, los cartujos, y que el prólogo de los Estatutos nos la recomienda expresamente, como medio para llegar a nuestro fin, la perfección en la caridad.

Un cartujo de los primeros tiempos, nada menos que Dom Guigo, el autor de Las Costumbres, nos ha dejado, hermosamente descritos, algunos de sus pasos en esta búsqueda del Señor, que él personifica en la plenitud de verdad y de vida.

Por la incomparable autoridad del autor, y por el carácter de la obra, estas páginas deben suscitar en nosotros vivo interés. Penetrados estos pensamientos en su hondo sentido, (rompemos la corteza, si no queremos quedarnos con mal gusto), dirán más para nosotros que una larga biografía. No veamos en estas páginas un tratado. Son simplemente, el alma de Dom Guigo vista por dentro.

El autor de Las Costumbres, gran constructor, antes de poner la piedra fundamental de nuestra legislación, edificó primero, como auténtico cartujo, su “castillo interior”, cuyos reflejos nos han sido transmitidos en estos pensamientos llenos de sinceridad y de verdad.

Étienne Gilson admira su extraordinaria hermosura y lamenta lo olvidada que está hoy esta obra, antiguamente reeditada no pocas veces (*La vie spirituelle*, 1934, pág. 165).

Wilmart, o.s.b., una autoridad en la materia, la encuentra comparable a las mejores de su género, y en algunos aspectos, como la firmeza y solidez de su sentido cristiano, le concede la primacía absoluta (*Le recueil des pensées...* pág. 10).

Nosotros hemos de ser los primeros en apreciar las cualidades de esta preciosa obra del gran Dom Guigo, y animarnos a seguir tan gloriosas huellas, fomentando en nosotros una sólida vida interior, como es nuestro deber.

Introducción de Dom Wilmart, o.s.b.

He aquí la obra más original, quizá, que nos ha dejado el período, verdaderamente creador, de la Edad Media, en la primera mitad del siglo XII.

Dom Guigo, en su desierto del Delfinado, solo en la presencia de Cristo, ha sabido sacar de su propia experiencia enseñanzas que sobrepasan su tiempo: anotar pensamientos, encontrar acentos inolvidables, que no sería impropio compararlos a los de Marco Aurelio o Pascal.

Este solitario de gran fe y que vivía del más puro amor, ha compuesto sin saberlo ni pretenderlo, un modelo de humanidad, que marca, al mismo tiempo, el triunfo del espíritu cristiano.

El cartujo lleva el diario de su alma y no piensa sino en ser veraz y sincero, no escribiendo, sin duda, en principio, sino para sí mismo. Ve la realidad al desnudo, y no se hace ninguna ilusión ni sobre los hombres ni sobre las cosas. No busca apoyo ninguno, sino en Dios y en realidades espirituales. Su fe cristiana, enteramente vivida, le aporta luces que transfiguran el horizonte y se extienden hasta lo invisible y eterno.

No es un tratado, ni cosa similar. Tampoco es una autobiografía. Son una serie de reflexiones transcritas asiduamente, sin pretensión ninguna, a fin de ver claro en sí mismo y de buscar humildemente en la fortaleza de Dios el refugio de su flaqueza.

En los ratos libres, en los cortos intervalos del rezo del Oficio, alternando con la lectura de la Biblia o de los Santos Padres y el trabajo manual, el solitario ha ido anotando sus reflexiones. La preciosa colección de estos fragmentos es, en sentido propio, un diario o, si se prefiere, unas memorias: las memorias de un alma, la suma de sus experiencias y confidencias.

El Prior, es maestro en el arte del bien decir. Si algunas de sus expresiones merecen cierta reserva, es porque no se preocupó de limar, como hubiera podido, ciertas asperezas, ni de dar la última mano a muchos conceptos, ya que no escribía con miras a la publicación.

Seríamos injustos con él, y erraríamos, sin duda, al enjuiciar este trabajo, si lo hiciéramos como con un autor cualquiera.

Es posible que algunos trozos estén incompletos. Sin embargo, conviene mirar de cerca antes de asegurarse de ello. Porque Dom Guigo nunca es banal, aunque parezca expresar una idea sencilla. ¿Quién osará sorprenderlo en falta? Por regla general, no habla para no decir nada, o

explicar cosas que saltan a la vista, o expresarlas a medias. Aun cuando el texto parezca demasiado claro, debemos desconfiar no se esconda allí un sentido más o menos sutil, un matiz percibido por el cartujo, que ha tratado finalmente de darlo a entender. El traductor sabe lo que cuesta medirse con él.

Debe ser clasificado, desde luego, entre los autores difíciles, por la simple razón de que escribía después de largas reflexiones. Da, asimismo, mucho que reflexionar.

El corte de los pensamientos es similar. No falta, sin embargo, la variedad de tonos, que Dom Guigo sabe renovar a pesar de ciertas repeticiones, bastante frecuentes.

Su expresión está llena de originalidad. Conoce el vigor y fuerza de cada palabra y sabe atinar con el término exacto para dejar prendidos en ellos el contenido de sus experiencias y reflexiones.

El saber dialéctico de Dom Guigo aflora a cada página. Tan pronto como la frase se alarga, toma la forma de un razonamiento cerrado. Demasiado cerrado a veces, envolviendo al lector para colocarlo de pronto ante una conclusión inevitable que lo deja estupefacto.

Este carácter de imprevisión, gracias a su método de pergeñar en cuatro rasgos un pequeño cuadro, es el distintivo de este conjunto de máximas morales y meditaciones religiosas, que tienen en su mayor parte la vivacidad y rapidez del relámpago. Lanzan una luz repentina en las honduras del ser o de la vida, que nos dejan deslumbrados. El espíritu ha sido de tal modo sorprendido e impresionado, que podrá reflexionar largamente en la verdad que le ha hecho entrever esta luz instantánea.

La principal cualidad del Prior, es, a nuestro modo de ver, el decir en pocas palabras, de modo impresionante, algo profundo. El verdadero mérito de estos pensamientos está en su hondura, resultante del rigor mismo del análisis.

Su colección pertenece, esencialmente, a la ascesis cristiana. Si, a veces, toca de cerca a la mística propiamente dicha, será ocasionalmente. El conjunto de los textos, se orienta constantemente en dirección moral; moral que se torna en ascesis rigurosa.

Se ve en Dom Guigo, aparte de una rica formación, –“*vir in utrisque litteris divinis et humanis apprime eruditus*”–, un agudo y sutil entendimiento especulativo. Su obra está fundada, o quizás mejor, penetrada, de profundos principios y conceptos filosóficos, que él emplea con

matices muy particulares. Es éste un punto digno de notarse. La verdad, la vida, el bien inmutable y el temporal, la felicidad, la utilidad, la paz... tienen para él una hondura y plenitud de significado, que es menester penetrar, para una cabal inteligencia del sentir de Dom Guigo.

La “verdad” tiene por correlativo la “paz”, que también es “vida”, y, por decirlo todo, Dios en persona, –Dios Eterno o Cristo Crucificado–. Esta verdad inmensa y próxima a nosotros alcanza, por una parte, la mísera vanidad de las cosas materiales, en continuo cambio y condenadas a la corrupción; y, por otra, las raíces ocultas y profundas de las pasiones.

De ahí, por vía de consecuencia, un gran número de textos consagrados a las cosas sensibles para hacer ver su nada, denunciar el atractivo que ejercen, y compadecerse al fin, de las amarguras que dejan.

La “utilidad” da la clave del servicio a otro, del amor indulgente que se le debe, y del completo desinterés que ha de reinar en las relaciones de comunidad.

Especialmente conviene examinarse a propósito de la alabanza, que nunca es merecida, y más bien implica una censura. La censura misma –justa o no– no debe molestarnos.

Esta colección nos da, también, a conocer la naturaleza y los sentimientos íntimos del solitario. No tiene secretos para nosotros ya que estos pensamientos son unas confesiones sin reticencias ni fingimientos.

Al mismo tiempo refleja el pequeño mundo donde vive, es decir, los primeros cartujos. Debían ser santos –San Bernardo no duda en darles ese título–, pero en esperanza, sin verlo ni palparlo. En la vida ordinaria, parece que se debían dejar llevar de no pocas flaquezas, sobre todo en accesos de mal humor, siendo como eran hombres apasionados. Quizás contribuyese también a esto, el celo con que se practicaba en aquel entonces la corrección fraterna.

Mas nos equivocáramos, ciertamente, si tomásemos a la letra las reflexiones de Dom Guigo en este punto. Al modo de los santos, se acusaba de faltas insignificantes como cosas de gran importancia.

Conviene llamar la atención sobre la meditación final (243-55). En este texto, algo distinto del resto, se tiene la suerte de encontrar, neta y metódicamente expuestos, los principios que no habían cesado de guiarlo en el curso de este examen tantas veces repetido. Aquí nos ofrece una amplia síntesis metódica, dividida en dos partes: la primera (243-51) es nada menos que una teodicea; la segunda (252-55), una cristología, con todas las consecuencias de orden práctico que fluyen, tanto para la moral como para la piedad, de esta doble doctrina. Quedan así colmados nuestros deseos.

Nos queda por decir que un hombre que, hacia sus treinta años, ha sido capaz de componer esta colección de pensamientos, poseía, no sólo una madurez de espíritu muy superior a lo común en esa edad, sino un genio extraordinario.

(Extracto de la “introducción” de Dom A. Wilmart. o.s.b. en *Le recueil des pensees du b. Guigue* – París 1936).

En esta primera parte van incluidos los pensamientos publicados por Migne. No obstante, para la traducción se ha seguido el texto de la edición crítica de Wilmart. (París, 1936).

Capítulo I: De la verdad

- 1 La verdad, como cosa bella, se ha de poner a la vista. Hay quienes la aborrecen. No los juzgues; más bien, tenles compasión. Pero tú, que ansías llegar a la verdad, ¿por qué la rechazas cuando viene a ti en forma de reprensión?
- 2 Nota lo mucho que se injuria a la verdad. Se dice al murmurador, lujurioso o alcohólico: “Es usted un perdido”. Y ésta es la verdad. Sin embargo, ellos se enfurecen al punto, y persiguen a la verdad en su pregonero; y la ahogan.

La mentira, por el contrario, ¡cuánto culto recibe! Se dice a un degenerado, esclavo de todos los vicios: “Es usted un digno señor”. Y se calma, muestra buen rostro y venera a la mentira misma, en la persona de quien así habla.
- 3 Sin apariencias, sin adornos y aun clavada en una cruz, hay que adorar a la Verdad.
- 4 Cuanto es más noble y poderosa una criatura, con tanto más gusto se somete a la verdad. Más aún, en tanto será noble y poderosa, en cuanto se someta a esta verdad.
- 5 ¿Te angustian las cosas temporales? ¿Por qué no las dejas y te vas a la verdad?
- 6 Si vieses cuanto es posible ver, si oyeses y contases toda clase de noticias, ¿qué provecho sacarías de ello? Así también, apenas hay utilidad ninguna en tantas cosas como has visto y oído.
- 7 La verdad es más amarga que todas las contrariedades. Porque cada contrariedad se opone a uno o varios caprichos nuestros; pero la verdad, nos los reprende todos.
- 8 No puedes odiar a nadie, sino siendo tú malo. Porque el santo, aun a los perversos quiere bien.
- 9 No debemos ansiar sino la verdad y la paz que de ella nace.
- 10 El ministro de la verdad debe amar la cosa administrada y la persona a quien se la administra. Y cuando es otro quien se la administra a él, debe recibirla agradecido, como se recibe una cosa amada.
- 11 Sea la caridad quien te impulse a exponer la verdad, como remedio curativo. Si alguno rechaza esta verdad y no sientes compasión de él, o no lo amas, o no aprecias suficientemente el valor curativo de la verdad. Es como si el enfermo rechazase la medicina que lo sana.
- 12 Paz sin fin, como la de los ángeles, es el fruto de la verdad. –Amargura y dolor, como los

del demonio, son los dejos de la mentira-.

13 No eres tú quien defiende a la verdad, sino la verdad quien te defiende a ti. No necesita ella de ti sino tú de ella.

14 Amarga y dura en extremo es la verdad para tus semejantes. No está en ella la culpa, sino en ellos. Es como la luz que brilla en ojos enfermos. No la hagas tú más amarga, al decirla como no debes; sin caridad.

Un médico compasivo, cuando ha de dar un amargo jarabe a un enfermo, unta con miel los bordes del vaso. Así, facilita la bebida de la saludable y amarga medicina.

Tu deber no es otro que favorecer a los hombres.

15 Si dices la verdad, no por amor de la misma verdad, sino por herir a otro, no recibirás premio alguno como celador de la verdad, sino castigo como difamador del prójimo.

16 ¡Que suplicio tan tremendo el día del juicio, cuando la luz verdadera te manifieste todo lo que eres! Mira cómo hace sufrir ahora una sola palabra de corrección. Entonces quedarán a la vista los secretos de los corazones (1 Co 4, 5).

17 Faltas igualmente, cuando injurias a otro y cuando eres injuriado por él. Porque en ambos casos, la verdad se da o se recibe como un mal. Según esto, quien quisiera atormentarte, no tendría que hacer sino armarse de la verdad –tu vida–; y con ella, azotarte y zaherirte.

18 La verdad es vida y salud eterna. Merece compasión quien sienta disgusto de ella. Está sin vida y sin remedio.

Pero tú, perverso, no dirías la verdad, si no conocieras que era amarga e intolerable a quien la dices. Mides a los demás por lo que sientes en ti.

Existe, también, otro abuso de la verdad: decirla para agradar a los hombres, al modo como se dicen las adulaciones y las mentiras.

La verdad se ha de decir, no porque agrade o desagrade, sino porque aprovecha.

Pero también a veces, conviene callarla, para no hacer daño. Lo mismo que se priva de luz a los ojos enfermos.

19 El pan –es decir, la verdad– fortalece el corazón del hombre, para que no se rinda ante la belleza de las cosas sensibles (Sal 103, 16).

20 Feliz el hombre, cuya alma no se mueve ni impresiona, sino por el conocimiento y el amor de la verdad, y cuyo cuerpo en todo se rige por el alma. Así, hasta el cuerpo se guía únicamente por la verdad. Y, si la verdad es el único móvil del alma y ésta es la que gobierna el cuerpo, allí no hay sino movimientos de la verdad, es decir de Dios.

Capítulo II: De la paz

- 21 *“Sé condescendiente con tu adversario, mientras estás de camino”* (Mt 5, 25). Todo lo haces por conseguir la paz. Y no existe otro derrotero hacia esa paz, que el de la verdad, “tu adversario mientras estás de camino”. Ponte, pues, de acuerdo con ella, cediendo tú; no ha de ser la verdad quien ceda.
- 22 La adversidad te enseña a desear la paz; pero tú, ciego, te empeñas en querer aquellas cosas, cuya codicia y apego te imposibilita tener tal paz.
- 23 ¿Por qué permites en ti lo que te disgusta en los demás, –la ira? Te enojas del enojo ajeno; más aún, tu propio enfado te impacienta. Si sintieras verdadero disgusto de la ira, la evitarías. Y esto no se consigue, sino conservando la paz.
- 24 No se gloríe el estanque de la abundancia de agua: es de la fuente. Lo mismo tú de la paz. Esta paz procede siempre de algo ajeno a ti mismo. Y será tanto más engañosa e insegura, cuanto sea más mudable el objeto en que se funda. ¡Qué paz, pues, tan vil la que nace de la hermosura de un rostro humano!
- 25 Todo hombre ansía seguridad. Y tanto más lejos se encontrará de ella, cuanto más expuesto viva a la inquietud. Es decir, cuanto menos esté en su mano mantener las cosas que ama, en el estado que desea.
- A ti una palabra, un simple pensamiento de los demás te quita la paz. ¡Ay, cuán expuesto vives a la tristeza y turbación!
- 26 No sean las cosas temporales la causa de tu paz. Vil e insegura es la paz fundada en semejante causa. Es la paz de los brutos. Tu paz ha de ser como la de los ángeles: nacida de la verdad.
- 27 Desprecia las cosas que tuviste y amaste por tu paz y felicidad, si ahora no quieres perder del todo tu paz y felicidad.
- 28 La paz beneficia a quien la posee. Se ha de desear por el bien que encierra en sí, como un grato sabor. Haya en ti tanta abundancia de esta paz, que la tengas aun con los malos.
- 29 *“No se turbe ni tema vuestro corazón”* (Jn 14, 15). Éste es el verdadero “sábado”. Lo celebra quien no se apasiona ni se excita. Éste tiene dominio propio, y puede hacer el don de sí, mostrándose, ya airado ya tranquilo, según vea conviene a los demás.
- 30 El amor de la paz temporal engendra, inevitablemente, inquietud. Quien posea, pues, esta paz y esté pegado a ella, carece necesariamente de paz.

- 31 Si no odias a los que te hacen mal, tendrás paz con ellos.
- 32 Así como por la concordia y la paz se consolidan todas las cosas, así también se arruinan y caen por la discordia y la guerra.

Capítulo III: Del descontento de sí

- 33 La perfección se consigue después de muchas censuras; porque nadie enmienda sino lo que le disgusta. Tú, pues, que has de perfeccionarte sin cesar, has de sentir continuo disgusto de ti mismo.
- 34 Entre las molestias que te tomes por tu propia salvación, ningún ejercicio ni remedio es tan útil como el censurarte y despreciarte a ti mismo. Quien, por consiguiente, haga esto contigo, es tu colaborador: no hace sino lo que tú harías o deberías hacer para salvarte.
- 35 Vives satisfecho de ti mismo, porque no conoces que no tienes de ti bien ninguno. De ti no tienes sino el mal. Ninguna gratitud te debes. Al contrario, ya que todo tu mal viene de ti, debes exigirte, en compensación, grandes castigos.
- 36 Fácil es caminar hacia Dios, pues avanzamos vaciándonos. Cosa penosa sería si avanzásemos llenándonos. Vacíate, pues, de tal modo que, dejadas todas las cosas, te dejes a ti mismo.
- 37 Quien conoce su propia vileza, recibe con paz y humildad cualquier palabra de desprecio, como expresión de su propio sentir. Rechaza las alabanzas, como opinión contraria a la suya.
- 38 Cuando alguien habla mal de ti y no es verdad, se daña a sí mismo y no a ti. Él es quien se engaña. Es como si llamara estiércol al oro, ¿qué pierde con eso el oro?
Y si tienes el defecto que comenta, te enseña en qué debes corregirte. –Por el contrario, cuando se alaba un bien, el provecho lo recibe, no el sujeto alabado sino quien da la alabanza.
Además, cuando se habla de ti, ¿para qué te han de decir lo que tú conoces mejor que nadie? Tú no fomentas sino el desprecio propio.
- 39 Corrija cada cual los defectos propios, que los ajenos no lo dañarán.
- 40 Tu hábito y tu corona son una máscara, porque indican lo que no hay en ti.
- 41 Cuando después de cometido un robo, uno siente pesar por la deshonra en que incurre ante

los hombres, no se duele del robo cometido, sino de la honra perdida. No es el pecado lo que aborrece, sino el castigo.

Mas el justo no hace esas distinciones entre pecado y castigo, ya que al mismo pecado lo considera como castigo terrible. Así, para él no hay maldad sin pena, pues la maldad en sí misma es un durísimo castigo: el más duro que pueda imponerse. Por esto, juzga que se ha de evitar el pecado, como el mayor de los males, aunque no se siguiesen otras penas.

- 42 De odiar a alguien, a nadie tanto como a ti, pues, en verdad, nadie te ha perjudicado tanto.
- 43 Si nada se perfecciona si no es antes censurado, no querer ser corregido es no amar su perfección. Y así, está escrito: *“El necio aborrece la corrección”* (Pr 12, 1). Y también: *“El dueño de su corazón, recibe con agrado las amonestaciones”* (Ib. 15, 32).

Capítulo IV: De la humilde confesión del pecado

- 44 No existía para el publicano otro camino de retorno al Señor, sino reconocer humildemente lo que le echaba en cara el soberbio fariseo.
- 45 Solamente eres justo si reconoces y confiesas que has merecido el infierno por tus pecados. Si te proclamas justo, “eres mentiroso” (1 Jn 2, 4), y Dios –verdad por esencia– te condena como contrario a Él. Reconócete pecador. Así reinará en ti la verdad –el Señor–, y te hará libre (Jn 8, 32).
- 46 Gran nobleza de espíritu supone interceder por los que confiesan su culpa para que se les perdone. Mayor aún, rogar humildemente por los que todavía no la han reconocido, para que la reconozcan. Por aquellos, sobre todo, que, por vergüenza o por afecto al mal cometido, no confiesan su pecado.
- 47 Todo ser racional ansioso de venganza, inflige a su contrario lo que él teme para sí, lo que aborrece y tiene por malo. Y, generalmente, nada se hace con tanto gusto en estas ocasiones, como soltar verdades a la cara. La verdad se emplea entonces como un mal, y con la más venenosa de las intenciones. Quien así obra, demuestra con esto el horror que a él le causa oír la verdad.

Además, es una contradicción decir a un enemigo aquello que, reconocido humildemente, es causa de eterna salvación. Pues quien llama adúltero a quien lo sea, le dice para hacer un mal lo que éste debería confesar para salvarse.

Reciba, por tanto, el acusado los improperios con gusto, fijándose, no en la intención, sino en la verdad que le dicen.

- 48 Quien desea ser veraz, no en apariencia sino sinceramente, tan pronto como advierte que ha

faltado a la verdad, se retracta, pese a las burlas o prejuicios que se sigan de ello. Prefiere morir por la verdad a vivir siendo mentiroso. Si es que el embustero vive, pues está escrito: “*La boca que miente, mata al alma*” (Sb 1, 11). El mentiroso no puede, según esto, vivir; ni el veraz, morir. Porque si la boca embustera mata al alma, las palabras veraces la vivifican. Su sinceridad le da vida. Y vive de la verdad: de Dios. Tiene, por tanto, vida eterna, confortado por un aliento eterno: la verdad.

- 49 Detesta lo que quieres ocultar –el pecado–, y no tendrás ya qué ocultar. Destruirlo, puedes; ocultarlo no. “*Nada está oculto que no se descubra; ni nada encubierto que no se revele*” (Mt 10, 26). ¿Por qué prefieres ocultar la enfermedad a curarla? Muestras a los demás las dolencias corporales; y si no te creen, lo sientes, y aun te molestan... Haz lo mismo con las enfermedades del alma.

Capítulo V: De los deleites de los sentidos

- 50 Analiza la doble experiencia de ingestión y excreción. ¿Qué te hace más feliz, lo que experimentas por una u otra? La una, te carga de cosas inútiles; la otra te descarga. Observa qué provecho hay en una y otra. Supongamos, v. g., la experiencia sentida al haber devorado todo. Allí nada te queda que esperar. Lo mismo, en las demás cosas sensuales.

Examina si la ilusión o posesión de estas cosas te han hecho más feliz, y juzga de este modo las futuras. Piensa –digo– en las prosperidades pasadas, y echa cuentas para las venideras. Todo lo que te ilusiona pasa; y después, ¿qué? –Pon tu amor y tu ilusión en lo que no pasa.

- 51 Querer adornos en el vestido, o aderezos superfluos en la comida, es pretender que vayan pintadas las astillas que se echan al fuego. Para defenderte del frío necesitas de ropa; mas no de éste o del otro color. Igualmente, para sustentarte, necesitas de la comida; pero no con éste o el otro aderezo.

- 52 Placer bestial: gozarse en las cosas de la carne. Placer diabólico: ensoberbecerse, engañar, odiar. Placer filosófico: conocer la creación. Placer de ángeles: conocer y amar a Dios.

- 53 En lo transitorio, lo que más deleita es lo más mortífero.

- 54 La misma, o peor necesidad, es doblar la rodilla ante un ídolo hecho por ti, que inclinar el ánimo ante lo que tú pretendes destruir, es decir, los sabores y demás cosas sensibles.

- 55 “*De diversas partes los congregó el Señor*” (Sal 106, 2). Quiere decir: De los sabores, de los olores y de los contactos de la carne, ha sacado el Señor a las almas santas, y las ha recogido en Sí.

- 56 Como si no existiese aún, o como si ésta pudiera hacerse, trabaja el hombre sin descanso por

labrarse la propia felicidad.

La verdadera dicha del hombre –Dios– existe ya, no hay que labrarla, sino alcanzarla por amor. Tan absurdo es pretender construir la propia felicidad, como intentar hacer a Dios; y pensar que ésta no existe, es como pensar que no existe Dios.

57 Si, dejadas todas las cosas en que ahora se ocupan, se dedicasen de lleno todos los hombres a algo tan accidental como, v. g., un solo color o un sabor, ¡qué necedad y miseria! –Pues así son ahora, poco más o menos, por más que se dediquen a tantos y tan diversos aspectos de las cosas. ¿Razón? –Muchas criaturas y aun todas están tan lejos de ser nuestro Dios y nuestra salvación, como una sola.

58 Si nos gozamos en lo mismo que los brutos, es decir, en la lujuria como los perros, en la gula como los cerdos, etc., nuestra alma se hace semejante a estos animales, ¡y no nos causa horror!

¿Preferiría yo tener el cuerpo de un perro antes que el alma? Si nuestro cuerpo adquiriese por el pecado de lujuria la forma de perro, lo mismo que la adquiere el alma, ¿a quién no causaríamos horror?, ¿quién nos podría tolerar?

Mejor y más llevadero sería volverse bestia nuestro cuerpo permaneciendo el alma en su dignidad –en la imagen de Dios–, que hacerse el alma bestial, conservando el cuerpo forma humana. Y tanto más lamentable y monstruosa es esta transformación, cuanto el alma sobrepasa al cuerpo en dignidad.

Por esto dice el Salmista: “*No os hagáis semejantes al caballo y al mulo, que no tienen entendimiento*” (Sal 31, 9). No hemos de ver aquí –sería ridículo– una alusión a la semejanza corporal.

59 Preparar algo, v. g., la comida o la bebida sólo para que cause mayor placer, es ser, para ruina nuestra, un colaborador del diablo. Es afilar su espada para que penetre más fácil y más hondo, en nuestras entrañas.

Cuanto mayor es nuestro deleite en estas cosas, tanto más grave y profunda es nuestra herida.

Capítulo VI: Del vano temor nacido del desordenado afecto a lo perecedero

60 Con gusto se apega el hombre al amor de las cosas materiales y vanas. Y esto lleva consigo, inevitablemente, el temor y el dolor por perder lo que ama: ya porque se lo quiten, ya porque el objeto mismo se eche a perder.

Fuente de vanas angustias y temores, y de muchas preocupaciones, es el amor a lo perecedero.

ro.

“El Señor, por tanto, libra al pobre del poderoso” (Sal 31, 12), al romper las cadenas del amor al mundo.

Quien no ama lo perecedero, no tiene dónde lo hiera ningún enemigo poderoso. Y si su amor a lo eterno es tal cual debe ser, entonces es invencible y eterno.

61 Si alguien te arrancase los cabellos, no te haría daño ninguno, si no estuviesen éstos adheridos al cráneo. Así también, nadie te herirá lo más mínimo, sino cuando toque lo que ha echado raíces en ti por un desordenado afecto.

Y cuantas más sean estas cosas y más hondas sus raíces, mayores también y más profundos serán los dolores que causan.

62 O arrancas de raíz tu desordenado afecto a los bienes sensibles, o dispónete a turbarte, temer y angustiarte, cuando no hay de qué.

63 El alma humana es atormentada, y con razón, siempre que ella se meta entre espinas, es decir, siempre que ame algo fuera del Señor. Poseer a Dios, es posesión segura; no se lo puede perder, mientras no se aparte de Él nuestra voluntad. Nada, por tanto, nos daña más que nuestras afecciones desordenadas.

64 De cuántas aficiones, causa quizá de tu perdición, te libró la verdad: el Señor. De cuántas tristezas temores y aflicciones. Lo mismo de los odios.

65 Como notas que duran un momento en el concierto dirigido por el Señor, pasa la fugaz hermosura de lo sensible, cuyo contacto mancilla el alma, y... tú sufres. Es porque se te rae el orín que tenías amontonado.

66 Nada tan penoso como no penar, es decir, despreciar las cosas de donde nacen las penas, las cosas mudables.

67 Mira cuántos de tus semejantes sufren mil penalidades por el mundo. Y muchas veces, no sólo no alcanzan su fin, sino que se pierden a sí mismos. –Tu ganancia es segura y mucho más valiosa. ¿Por qué, pues, no trabajas con más afán?

68 Gran miseria es sentir turbación sin motivo. Y esto sucede casi siempre en ti cuando el Señor misericordioso te quita las causas de tu muerte –las cosas a las que tenías desordenado apego–, para que, dejándolas, vivas.

69 Es una vergüenza para ti, amar a una criatura. De ahí vienen todos tus quebrantos. Porque el Señor, tu Dios, hace con ella, no lo que tú quieres, sino lo que quiere Él.

70 Te pegaste a una nota sola del Gran Concierto; y por eso te turbas cuando el Sapiientísimo Director continúa sin detenerse la marcha de la composición musical. Te es arrebatada la

nota amada por ti exclusivamente, y siguen las demás por su turno. Ten en cuenta que Él no dirige el concierto sólo para ti, ni según tu voluntad, sino según la suya. ¿Te molestan las notas que siguen? Es porque te obligan a irte de la que tú amabas desordenadamente.

71 Lo mismo que la nota en la composición musical, así también, cada cosa tiene su tiempo y lugar en la carrera del mundo. ¿Sufres al ver correr las cosas? –Te habías pegado a lo que no tiene valor: lo mudable. Ahora sigue su turno y pasa.

72 Las cosas que se llaman adversas, no son tales sino para los malos: para los que aman la criatura en lugar del Creador.

73 Si éste o aquél pasase por Dios los trabajos que pasa por el mundo, habría que ponerlo en el catálogo de los santos.

74 La helada trae el frío; el amor a las cosas temporales trae al alma el vano temor y otras miserias. ¿Qué es peor, el frío o el vano temor? El temor, ¿no?; ¿Te defiendes contra el frío?, defiéndete también contra el vano temor. Aparta de ti las cosas que lo causen. Apártalas, digo, de tu corazón, más que de tu celda. No temas sino el pecado, que es lo que se debe evitar. Y, si se debe, se puede, con la ayuda de Dios.

75 Triste es notar hasta qué punto está en la mano de los demás el perturbarte y atormentarte. Pueden turbar tu paz con la misma facilidad con que pueden pensar o hablar mal de ti. ¿Qué sería si se les antojara pegarte?

Pierdes también la paz si sabes que les eres molesto. Es decir, que estás en las manos de los demás. Aparte de que, aunque nadie haga contigo las cosas dichas, el mero temor de ellas te causa también inquietud.

Pero piensa: si les resultas molesto por bueno, no eres tú el perjudicado, sino ellos. Tu labor entonces es mudar, no tus buenas obras, sino su mala interpretación. Si les resultas molesto por malo, el disgusto que los demás sientan, no te daña a ti, sino más bien te aprovecha. Lo que te perjudica es tu propio mal.

76 Dice el mártir a Dios: “*Por Ti paso el día entre tormentos*” (Sal 43, 21). También tú podrías decir a los bajos instintos: “*Por vosotros vivo inquieto todo el día*”.

77 Mortificate y conserva cuanto puedas el recogimiento. No se encuentre tu espíritu derramado en las cosas sensibles, y pierdas la quietud interior.

78 Siempre que pierdas la paz, de cualquier modo que sea (temor, ira, antipatía), a nadie culpes de ello, sino a ti. A tus malas tendencias: concupiscencia, ignorancia o pereza.

Igualmente, cuando sea otro quien pretenda turbarte, impútalo a tus afecciones desordenadas.

Tu turbación y tu pena son indicios de tu culpa: habías dejado a Dios y puesto tu amor en lo transitorio.

79 ¿Te duele la pérdida de las cosas visibles? Cúlpate de ello a ti mismo; al error en que vivías: te pegaste a las cosas que se pueden perder. Tan acostumbrado está el hombre a buscar en los demás la causa de su mal, que si tropieza en una piedra o se deja quemar por el fuego, se atreve a culpar y maldecir las criaturas de Dios, que no hacen sino ejercitar sus operaciones connaturales.

Todo, menos reconocer su miseria y flaqueza.

80 Mira cómo no se te permite sosegar un momento en esta especie de borrascoso mar de tan innumerables formas sensibles y sentimientos humanos, en cambio incesante.

81 Aunque sepa la nodriza que se ha de alegrar su niño al tomar un pajarito, procura, sin embargo, que no lo tome. Y tanto más lo procura cuanto prevé ha de ser mayor la alegría del niño.

Los hombres desean el contento propio y el de sus seres queridos. ¿Por qué, pues, la nodriza no sólo no quiere para su niño el objeto de su gozo, sino que lo evita como un gran mal? Quiere verlo contento, ¿por qué le quita lo que le alegra? ¿Por qué? Porque sabe que las risas se tornan en lloros; que tanto más honda será después la tristeza, cuanto ahora sea más viva la alegría.

¿Enseñanzas? –Que debemos evitar como la peste los placeres, cuyo fin son las lágrimas; que no hemos de parar mientes en el goce momentáneo que prometen, sino en el amargo remordimiento que dejan al irse; que así son todos los goces temporales.

¿Por qué, pues, tanto interés por adquirir una viña, una casa, un campo? Lo mismo se diga del oro, la plata, las alabanzas humanas y cosas similares.

¡Ay, quién diera a este niño necio y enfermizo del género humano esparcido por el orbe, una sabia y poderosa nodriza que, cuidadosa y solícita, lo apartara de ciertas alegrías, engendro de futuras tristezas! –Esta Gran Nodriza, existe: Dios. Ella cuida, por sí misma, o por otros, del género humano, quitándole las causas de sus penas: las cosas temporales.

¿Qué son, muchas veces, las quejas de los hombres? –Simples llantos de niños a los que se les niega o se les quita un gorrión.

82 (*Este Pensamiento, continuación del anterior, no está en Migne*).

¿Qué otra cosa, por fin, hacen los Obispos o sacerdotes y demás vicarios de esta Nodriza al enseñar, amonestar, prometer, amenazar, comulgar o excomulgar, sino apartar a este necio niño de estos perniciosos goces?

Éste es el origen de la contienda entre el conde y nuestro Obispo. El conde, es el niño. El Obispo, hace las veces de la piadosa nodriza. El pajarillo, es el asunto de la contienda.

Pero este niño, lleno de vigor físico y apoyado por su camarilla, goza, rebelde, de sus perniciosos placeres, despreciando a la nodriza, debilitada por los años y los achaques. Y tanto más intenso es el dolor de ésta, cuanto es mayor el amor que le profesa. No se duele porque

aborrezca sus goces, sino porque prevé los amargos dejos que han de seguirse.

Los dolores del mundo no son, en definitiva, sino quejas de niños que han perdido su aveci-lla.

Capítulo VII: De la codicia de bienes sensibles

83 Cuando dos cosas son iguales, puede la una terminar siendo mayor que la otra de dos modos: o porque ella crece, o porque la otra disminuye. Este último es el modo de crecer de los príncipes y potentados del siglo: todo su gozo y su empeño es subir, pisando a los demás. Ni su cuerpo ni su espíritu crecen ni mejoran en nada, pero se creen mejores, porque los demás han quedado arruinados y envilecidos. Mas cabe preguntar: por más que los seres todos quedasen reducidos a la nada, ¿qué crecerían por eso tu cuerpo o tu espíritu?

84 Quien quiere hacer ladrillos, prepara un patio donde ponerlos por algún tiempo. No para que queden allí sino para trasladarlos a otra parte una vez secos. Así el tal lugar no está destinado a ningún ladrillo en particular, sino, indistintamente, para todos los que allí se han de hacer.

Del mismo modo, el mundo donde vivimos lo hizo Dios para todos los hombres que habían de ser creados y después trasladados a otra parte, cuando les llegue el turno. Y, como el alfarero quita a los unos, para hacer sitio a los recién hechos, así Dios, con la muerte de los unos –especie de traslado– prepara el lugar a los venideros.

Necedad y locura, es pues, dejar al corazón echar raíces en el sitio provisional, y no pensar ni preocuparse del lugar definitivo.

A los ladrillos no puede parecerles duro ni injusto su traslado: con esta intención fueron puestos.

Tampoco a los hombres puede parecerles dura ni injusta la muerte. A no ser a los que –¡necia ambición!– pretendan sea suyo este lugar, olvidando que es inevitable el traslado; que el lugar es común y no reservado a nadie en particular, y que está destinado, en igualdad de derechos, a innumerables seres futuros.

Notemos, también, otra locura a propósito de esto. Los ladrillos son todos, poco más o menos, del mismo tamaño. Apenas hay uno, sin embargo, que se contente con su sitio justo. Cada cual destruye y rompe cuantos ladrillos puede y reclama para sí todo el lugar.

85 ¿Qué te parecería ver a un hombre emplear todo su tiempo y dinero en apuntalar con juncos verdes una casa, cuyo derrumbamiento es inevitable? ¿No dirías que es un pobre loco?

La casa es esta vida.

El apuntalador, tú.

Los juncos verdes, puntales inútiles, las cosas temporales, que nunca permanecen en el mismo estado, ni pueden sostener ni ser sostenidas.

- 86 Larga tentación pide quien pide larga vida; pues tentación es la vida del hombre sobre la tierra (Job 7, 1).
- 87 Lo que Dios no quiso en sus parientes y amigos –poder, nobleza, riquezas, honores–, no lo quieras tú en los tuyos.
- 88 A todo te apegas: a la comida, al vestido, al sueño.
- 89 Vives desterrado, no por haber salido de tu tierra natal, sino por haber puesto tu amor, tu apetito y tu afecto fuera de su verdadero centro. Vives desterrado en un país de corrupción, de pasiones, de tinieblas, de ignorancia, de malos amores y de odios.
- 90 En la medida que te ames a ti mismo –es decir, a tu vida temporal–, has de amar también las cosas transitorias, sin las cuales no puedes subsistir.
- Y en la medida en que desprecies esta vida, despreciarás también sus alivios.
- 91 ¿Te duele dejar esto o lo otro? Ponte en camino de no tener nada que dejar. Porque quien adquiere lo que no puede retener, se pone en camino de tener mucho que dejar y de qué dolerse.
- 92 A esto se reducen todas tus miserias: que todos tienen algún ideal que absorba su atención. Pero tú ¿qué ideal tienes?
- 93 Todos, como quien ha encontrado un tesoro, atienden a la parte escogida en el mundo. A veces, incluso, atienden a dos. Se parecen entonces al perro que, entre dos trozos de carne, duda a cual hincar primero el diente, temeroso de perder el otro.
- 94 Personas hay que excitan tu confianza y te agradan. Pero si las vieses pagadas de sí mismas por estas cualidades, las tendrías por necias; te darían compasión. Pues bien: si este grave defecto del engrimiento propio fuese un mal general, ¿dejaría de ser tal defecto, cuando lo tuvieras tú?
- 95 Si toleras a un ser tan inmundo como eres tú mismo, ¿por qué no tolerar a cualquier otro?
- 96 A cuantos riesgos están expuestas las cosas que amas, a tantos está expuesta la paz de tu espíritu.
- 97 Necedad y miseria grande es poner el amor donde no se debe. Nada importa que el objeto fuera imperecedero. ¿Acaso el idólatra es miserable sólo porque ha de perecer lo que adora? Según esto, sería feliz si el objeto no pereciera. La verdad es que, por más que sobreviva el ídolo, su adorador, aun con buena salud y lleno de bienes de fortuna, es sumamente desgra-

ciado.

98 Las contrariedades no te hacen más desgraciado: demuestran solamente que lo eras ya.

99 Las prosperidades ciegan el ánimo; cubren y aumentan la miseria, no la quitan.

100 Mira cómo se queda el alma cautiva en las cosas sensibles, y cómo la torturan después estas prisiones. Es como un niño. Ve un gorrión y queda prendado de él. Cuando lo tiene en la mano, pasa el pobre niño por tantas vicisitudes como suavecilla.

Un alma expuesta a semejante cautiverio, ¿se puede tener por segura? Porque las cosas que le agradan, la esclavizan; y queda a merced de las penas que le traerán las adversidades, cuando lleguen.

101 “Hecha la nave al mar, nos llevaba a la deriva el temporal” (Act 27, 15). Imagen del alma. Alternativas de gozos y dolores, conforme al flujo y reflujo de las cosas sensibles.

102 ¿Cómo no ha de vanagloriarse el hombre de su fortaleza y hermosura, si aun de su misma flaqueza y fealdad se ensoberbece? Ir a caballo, o lucir un hermoso traje es ocasión de vanagloria.

De gloriarse, parece lo debería hacer si fuese él quien llevase al caballo o quien, con su esplendor, diese realce al vestido. O, al menos, no necesitase de ellos.

El caballo, el vestido y cosas semejantes, no son sino testimonio de nuestra indigencia y fealdad.

103 ¡Con qué gusto mostraría el hombre la hermosura propia, si la tuviera, ya que con tanta satisfacción muestra la ajena en sus trajes, en sus abrigos de pieles y cosas similares!

104 La misma lástima debe causarnos quien se alegra al conseguir un bien temporal, que quien se entristece al perderlo. Los dos padecen la misma fiebre: amor a las cosas del mundo.

Capítulo VIII: Del vano deseo de alabanza

105 Si conocieses lo que son y valen de por sí la opinión de los hombres y su favor, nunca pasarías por ellos trabajo alguno, por pequeño que fuese, ni encontrarías en ellos materia de alegría o tristeza. Porque nada aprovecha a quien se la tributan; sino, lo mismo que los colores y demás apariencias afean o embellecen los cuerpos u objetos donde residen, así también estas cosas –el favor y la opinión de los hombres– embellecen o afean a las almas que las dan. Únicamente en este sentido, son una ventaja o una pérdida.

¿Qué aprovechó al sol o a la luna el que los paganos los tuvieran por dioses? ¿O qué los

perjudica que tú conozcas que son criaturas? Y, si creyese que ellos eran puro estiércol, ¿qué los dañaría?

Por esto, así como examinas una esencia o la naturaleza de una hierba, analiza también la consistencia de estas cosas. Te será fácil, con la ayuda del Señor, si por tus favores y opiniones, mides los de los demás.

106 En esto conocerás que una cosa se debe sólo a Dios: en que tributada a otro cualquiera, no le aprovecha nada. Así son, v.g., el conocimiento, el amor y deseo de gozar de él, la admiración, el temor, la reverencia, etc. –Como estas cosas ningún provecho traen a quien las recibe, se deben, claro está, a quien de nada necesita.

Si el ser alabado, conocido o admirado aprovechase, ¿no tendríamos todos una especie de obrero con jornal diario que, sin cesar nos tributase los honores dichos, para así, mejorarnos de continuo? ¿Qué madre no haría esto con sus hijos? ¿Quién no pasaría día y noche deshaciéndose en alabanzas de sus vestidos, sus ganados, sus posesiones y aun de su propia persona, para mejorar la calidad de estas cosas?

Pero nada aprovecha todo esto a quien lo recibe. Mejora o daña solamente a quien lo da. Se hace mejor si ama, admira, o teme lo que debe; y peor, si tributa esto a quien no debe. Lo mismo se diga de los demás actos.

¡Qué piadoso es, pues, el Señor! Para Sí, pide lo inútil; y con que nosotros hagamos lo que es útil para nosotros mismos, se da por bien servido.

107 Como si se tratase de investigar la naturaleza de una raíz u otra cosa, ponte a analizar la esencia de la opinión, el favor, la alabanza o el desprecio. ¿Qué consistencia tienen en sí?

108 El amor de cada hombre, es propiedad común. Quien, por consiguiente, busque muestras de amor especial es un ladrón: agravia a todos los demás.

109 Harta desgracia era la tuya, vivir formando un compuesto con el cuerpo material. Estabas sujeto a todas las miserias, incluso a las picaduras de las pulgas y molestias de ratones.

No te bastó esto. Buscaste nuevas mixturas o composiciones con otros “quasi” cuerpos, como son la opinión humana, la admiración, el amor, el honor, el temor y otros semejantes. Y estas mixturas, lo mismo que la unión con el cuerpo material, son ocasión de nuevas heridas y sufrimientos. Así, v.g., si te desprecian, sufres tú en el honor. Lo mismo en lo demás. Tú mismo amontonaste la leña que había de consumirte.

Haz la misma reflexión con respecto a la belleza de las cosas sensibles.

110 La misma falta que comete éste o aquél al despreciarte, la cometes también tú al quejarte, altivo, de tu desprecio; los dos pecáis por soberbia.

Y también, con el mismo vicio con que otro te quitó tus cosas, te dueles tú de su pérdida: con el amor a lo precedero.

111 Si no desprecias cuanto pueden hacerte los hombres, estando en “pro” o en “contra”, no

podrás despreciar su afecto –amores u odios–, ni tampoco su buena o mala opinión.

112 Observa cómo vendes tu amor y los demás afectos de tu ánimo en moneda contante y sonante, como en la taberna el vino. Y nota asimismo, cómo compras la opinión, el amor y los demás movimientos del corazón humano con la misma moneda y al mismo estilo.

113 Éste dio todo lo que tenía a cambio de alabanzas humanas; aquél a cambio de placeres sensuales: ¿quién obró peor? No lo sé, pero una cosa puedo decir: que el uno se portó como un puerco y el otro como un diablo.

114 ¿Por qué quieres ser amado de los hombres? Para que me asistan y me ayuden a llevar la vida. Luego te sientes débil y expuesto a sucumbir a su violencia.

Como si dijese: “Mi vida y mi muerte están en manos de los hombres”. No es esto lo cierto; porque, quiéranlo o no los hombres, tu muerte es inevitable.

¿Y qué haces para no morir? Deseas alta estima, buena opinión, amor, reverencia; tenerlos a todos a favor, o por lo menos no tenerlos en contra. Y así, sientes horror de lo contrario: de la baja estima y mala opinión, del odio o desprecio, del olvido o la persecución.

Todas estas cosas nacen de que ves por experiencia lo flaco y débil que te encuentras, al alejarte de Dios y apoyarte y aficionarte a lo transitorio: a la nada. No sentirías tú ese temor y esa pena, si no conocieras su mutabilidad y vileza.

Posees con temor, pierdes con dolor.

Luego conoces su fugacidad y vanidad. No tienes, por tanto, excusa cuando te aficionas a estas cosas y te apoyas en ellas.

Gran maravilla es sentir la debilidad de una cosa y apoyarse en ella; conocer su vileza, y amarla o admirarla.

El temor con que posees y el dolor con que pierdes estas cosas, manifiestan en ti un doble absurdo: apoyarte en lo débil y amar lo vil. Si así no fuera, ninguna pena sentirías al perder lo precedero.

Capítulo IX: Quién es digno de alabanza

115 Procura ser tal, que merezcas ser alabado. Mas a nadie se alaba, sino al bueno. Ahora bien, quien busca alabanzas, no lo es; luego no es alabado.

116 Cuando te muestras complaciente con quien te alaba, en realidad lo haces con quien no te alaba a ti. Él alaba la bondad; tú eres pura vanidad. Al decir “qué bueno”, “qué justo”, es alabado quien esto sea; no tú, que no lo eres.

Más aún: eres censurado, y no poco, como malo e injusto. Porque la alabanza del justo es una reprensión del injusto. Es decir, reprensión tuya, injusto como eres. Y así, al aplaudir al panegirista del injusto aplaudes a tu censor.

No es justo quien se tiene por tal. Ni el niño de un solo día.

117 Pierde las alabanzas quien se envanece de ellas. Si quieres alabanzas, no serán éstas de un santo, pues no lo es quien las busca.

Al alabar a alguien, se manifiestan sus buenas cualidades; pero quien busca alabanzas está, no solo vacío de ellas, sino lleno de un satánico defecto: el orgullo. No es posible elogiarlo.

Al justo, por el contrario, se lo alaba siempre; no cabe en él vituperio. Vituperar es censurar las malas acciones de alguien. Al justo no se le puede censurar lo que no tiene; no se lo puede, pues, vituperar.

El elogio del justo, es la censura del injusto, y viceversa.

118 En las alabanzas, ningún provecho obtiene quien las recibe, sino quien las da.

119 ¿Te alaba alguien por tu santidad? Muy alto apunta; por encima de ti está tan grata cualidad, es decir, el ser santo. Y si te muestras amable con él, como si fuese tu propia persona y no la santidad, lo que a él le agrada, ¡qué bajo te quedas, pobrecillo!

120 Quien siente pena o indignación por la pérdida de algún bien temporal, muestra con esto que merecía perderlo.

De modo parecido, demuestra ser digno de una injuria quien se duele o irrita al recibirla.

Dolerse de las injurias es un defecto similar al envanecerse por las alabanzas.

121 Despreciado y tenido en poco, sentiste pena. Has demostrado con esto que lo merecías.

Un alma grande, ni teme los desprecios ni se duele al recibirlos.

¿Temes los desprecios?

¿Te duele el ser tenido en poco?

No lo dudes: este temor y esta pena no son sino un claro indicio de lo vil y despreciable que eres.

Capítulo X: Del deseo de la admiración

122 Adora a Dios en verdad, quien pone toda su alma en Él, con los afectos de temor o amor, honor o reverencia y admiración. Éste es el solo culto verdadero y perfecto. Quien ofrece, pues, estos sentimientos a otro que no sea Dios, es un verdadero idólatra.

Mas quien procure que los demás tengan para con él estos sentimientos, ¿qué otro papel hace, sino el del diablo, que no deja piedra para conseguir tal culto?

Casi todas las quejas de los hombres se reducen a esto: o que han perdido sus dioses –las criaturas–, a las que rendían verdadero culto, o que a ellos no se les tributa este culto.

Colige, por ende, cuánto abunda la idolatría, en ti y en el mundo entero.

- 123 Ningún ser merece ser amado como verdadero bien, sino aquel cuyo solo amor hace feliz a su amante. Y esto no lo hace sino un solo Ser: el Ser que todo lo tiene en Sí; que no necesita de amantes; que ninguna utilidad práctica saca de ser o no amado.

Tormento cruel es pretender ser el objeto de los pensamientos, afectos y esperanzas de otro y no poder pagar de algún modo semejantes atenciones. Éste es, ni más ni menos, el caso de los demonios, al querer que los hombres se ocupen en su servicio, en lugar del de Dios.

Grita por tanto, a tus amantes: *“Dejaos de una vez de admiraciones, reverencias ni otras honras. Soy un pobre hombre, que no os puedo prestar ningún apoyo, sino que necesito el vuestro”*.

- 124 Has hecho cuanto estaba de tu parte por perder a todos los hombres. Te has interpuesto entre Dios y ellos. A ti se han de dirigir sus miradas, no a Dios. Tú has de ser el admirado y alabado.

Para ti y para ellos es esto completamente inútil, por no decir dañoso.

- 125 La parte más digna en la criatura racional es la mente, sobre todo la mente piadosa. Y la parte más vil el cuerpo corruptible.

¿Te tienta la vanidad? ¿Quieres ser admirado de los hombres? Examina sus tristes consecuencias. Levanta la vista al Dios justiciero. Pretendiste ser admirado por la parte más noble de la criatura, como Dios, y Él te sujeta a la parte más baja, como bestia.

Quisiste e hiciste cuanto estuvo de tu parte, por ser conocido, visto, alabado, admirado, venerado, amado y temido –honras éstas sólo a Dios debidas–. Justo es tu castigo: quisiste ser admirado de la mente humana, y has terminado esclavo del cuerpo humano.

Pretendiste, –¡perversa acción!–, usurpar lo exclusivo de Dios. Ahora tributas tú esto a los cuerpos corruptibles y mortales, pues les das de todo corazón lo que, según dijimos, se debía a solo Dios, v. g., amor, etc.

Al intentar apoderarte de lo que es de Dios –ser alabado–, has perdido lo que es del hombre, –alabar al Creador–, tu fin como criatura.

Por encima de lo más alto y por debajo de lo más bajo. Tendiste a lo más alto, diste en el vacío, y ahora estás por debajo de lo bajo, en el vacío, fuera de lugar. “Como el sarmiento –dice el Señor– será arrojado fuera” (Jn 15, 6).

- 126 *“El amor para con el mundo, es enemistad para con Dios. Quien, por tanto, quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”* (St 4, 1).

Quien está pegado a una cosa de este mundo, aunque no sea más que una mosca, está pegado al mundo. Mientras exista este apego, no habrá unión con Dios. Si quieres tener a los hombres pegados a ti, los quieres sin unión con Dios.

Predicas el desprecio de las criaturas para adelantar en la unión con Dios. Mas, ¿eres tú, acaso, una excepción en este desprecio general? ¿Te atreverías a decir: “Dejadlo todo por Dios, menos a mí”, de modo que tú fueses el único obstáculo para la divina unión y causa, quizás, de su perdición?

No es lo mismo amar a los hombres en Dios y por Dios, que amarlos según el mundo. Lo primero es caridad; lo segundo, afición desordenada.

Capítulo XI: Del alma que al deleitarse en las criaturas se aparta de Dios

127 Imagínate que te dicen las cosas temporales: “Si Dios nos hubiera hecho incorruptibles, ¿qué harías? Piensa al usar de nosotras si este uso te mejora o te puede mejorar en el futuro. Has usado de nosotras y, ¿qué? ¿Te cambiarías por nosotras? Pues nosotras nada queremos contigo. Nada debe importarte nuestra desaparición. Preferimos desaparecer, según la voluntad de Dios, a permanecer, según tu desordenado afecto. Nada te agradecemos semejante afecto; más bien nos reímos de ti, por necio. ¿A quién hemos de obedecer antes, a Dios o a ti?

Además, confíésalo si te atreves: tú apenas haces otra cosa que convertirnos en estiércol, devorándonos. He aquí para qué sirves y lo único que tú puedes. Por esto, el hambre que nosotras excitamos pasa pronto; no está en tu mano el conseguir estabilizarnos.

Todo tu afán y tu dicha está en no carecer de nuestras inmundicias, a las que, de buena gana, te rindes, entablando así comercio con el diablo, no sin gran gozo y placer por tu decepción y tu ruina.

¡Ay, hombrecillo, imagen de Dios! ¿Ya te asemejas a Él en esto? ¿Así es como Dios obra? Él no se deja seducir ni esclavizar.

128 La imagen sensible de que gozas, es como un sello que se graba en tu mente, operándose en ti una asimilación o conformación con la forma recibida. No es ella la que se asemeja a ti, sino tú a ella.

Esta imagen queda grabada en tu alma, como un ídolo en su templo. Y cuando tú te deleitas en ella, le inmolas, no un cabrito o una vaca, sino tu ser todo entero: tu cuerpo y tu alma racional.

129 Has mercantilizado tu amor: lo das a los hombres en la medida en que te hagan regalillos de cosas (a pesar de darlo “gratis” a la belleza de los cuerpos). Es este un mercado real: nada

recibe quien nada da o promete dar.

Piensa que recibiste de lo Alto lo que vendes; que no puedes esperar recompensa alguna en el futuro (Mt 6, 2), y que tu edificio espiritual está fundado sobre arena movediza. Haces lo que la polilla: destruir más que construir.

130 Vaciar y apartarse de Dios, es disponerse a que nazcan en el alma desordenados afectos. Ellos serán causa de dolores y temores que irán en aumento. Porque “*el espíritu que se va, no retorna*” (Sal 141, 6).

131 La misma gratitud debes a quien quiera gozarse de ti y en ti, que a las pulgas y moscas que te chupan la sangre.

132 Si las imaginaciones y pensamientos a cuya admiración y amor te rindes (cosas éstas sólo a Dios debidas), las tuvieses pintadas o esculpidas en un rincón de tu casa y allí, a la vista de todo el mundo, mostrases al exterior los sentimientos que tienes para con tus imaginaciones, ¿qué sería de ti?

133 Es culpable, indudablemente, la esposa que no abandona a su esposo, sólo porque no encuentra un compañero constante.

Pero tu culpa es mayor: tú has sido infiel a tu Esposo por goces momentáneos; ni siquiera te has detenido a poner la condición de que fuesen duraderos.

134 Éste es el colmo de la depravación humana: abandonar lo bueno –Dios–, y tender a lo vil –lo temporal–, y allí, descansar gozándose.

135 Vuela el escarabajo. Muchas cosas hermosas se ofrecen a su vista. Todo lo desprecia. Elige el lugar del estiércol. Allí planta sus reales. –Éste es tu caso. Tienes tierra y cielo que contemplar. Grandes y hermosas cosas hay en ellos. Nada de esto te interesa. Tú lo desprecias todo y te quedas con las vilezas e inmundicias que crea tu imaginación. Y con gusto. ¡Ver-güenza debiera darte!

Capítulo XII: Del atrevimiento del alma infiel al Señor

136 Cuando ruegas a Dios que no te quite algo a lo que te apegaste con desordenado afecto, obras como la esposa, que sorprendida en un acto de infidelidad a su esposo, lejos de pedir perdón por su falta, pide, más bien, poder continuar en su mala acción.

137 No te basta ser infiel a Dios. Le pides que aumente y conserve las cosas que te apartan de Él, o sea, la belleza de las cosas sensibles, los colores, sabores, etc.

138 ¿Qué esposa tiene el atrevimiento de decir a su marido: “*Búscame éste o aquél con quien pase la noche; de otro modo no quedaré tranquila; me agrada más que tú*”?

Sin embargo, tú haces esto con el Señor –tu Esposo–, cuando amas una cosa distinta a Él y se la pides.

139 Cuando dices a Dios: “*Concédeme esto o lo otro*” es como si dijeras: “*Dame ocasión de ofenderte y serte infiel*”. Porque al pedirle algo distinto de Él, tu misma petición descubre tu falta y tu infidelidad para con Él; y tú no caes en la cuenta.

140 Piadosa venganza, sorprender “in fraganti” el marido a la esposa infiel, y contentarse con sólo quitarle la ocasión de su falta. Y ella, ¡qué descarada y atrevida, si por esto se sintiese ofendida!

Sin embargo, tus quejas, casi todas son similares a ésta: te ha quitado el Señor la ocasión de serle infiel. Tu mismo dolor es un testimonio claro de tu desordenado apego; no se necesitan otros testigos.

141 Por poco que sea el pudor y la vergüenza de una esposa infiel, siempre suele ocultar a los ojos de su marido las lágrimas que vierte por los daños ocurridos a su cómplice, o por las ofensas que éste le haya dirigido en un momento de cólera, y también las ofensas mismas. Lo mismo se diga de los gozos.

Examina si tú con el Señor, haces esto por lo menos. Si no te lamentas ante Él, abiertamente, por los daños ocurridos a tu cómplice –el mundo–, y te alegras de sus prosperidades. Como dice la Escritura: “Te has vuelto descarado como una mujer de vida airada” (Jr 3, 3).

Capítulo XIII: De la ignorancia de sí, causa de la falta de vida interior en el hombre

142 Mucho hay que contemplar en tu interior. Tú lo verías, si tuvieras los ojos más limpios. Mas no has aprendido aún a contemplar tales cosas: contemplar a Dios en ti. Por esto te derramas con gusto al exterior. Vivir en tu interior, te parece vivir en tinieblas, y te dejas absorber de lo sensible. No culpes de ello a las imágenes que te estorban, atormentan o mueven de algún modo, sino a que estás vacío del Sumo Bien.

143 Mira cuánta ignorancia tienes de ti mismo. No hay para ti región tan remota y desconocida, y de la cual creas con más facilidad las falsedades que de ella cuentan.

144 A veces odiamos el mal, pero no por amor al bien sino por vernos contrariados en los planes propios. Es este un lazo muy oculto.

- 145 Te portas en este mundo, como si hubieras venido a él para contemplar y admirar la belleza de lo sensible.
- 146 La niña de la fábula quedó ciega mirando al sol. También tú has quedado ciego de tanto mirar la belleza caduca de las cosas sensibles y oír habladurías humanas.
- 147 Visión que nadie puede tener hasta el día del juicio, sino Dios y, sobre todo, tú: cómo tu pobre espíritu es llevado y traído por lo material, por sus imágenes y por las habladurías y favores de los hombres.
- 148 Mira que has entrado en este mundo desviado de Dios y abierta la boca a todo lo que no sea Él.

Capítulo XIV: De la verdadera utilidad del hombre

- 149 Feliz aquel que ha encontrado dónde trabajar en seguro. Segura elección y provechoso trabajo es querer ser útil a todos, sin pretender tenerlos apegados a sí. Porque el esfuerzo es tanto más desacertado, cuanto más orientado esté hacia el provecho propio.

La propia utilidad de cada cual está en querer ser útil a todos. Mas ¿quién lo entiende así?

Quien busca su propia utilidad no sólo no la halla, sino que sufre una gran pérdida en su espíritu: al buscar el bien propio, pierde el Bien Común –Dios–.

Una es la naturaleza del hombre y uno es también el Bien Común.

- 150 Dichoso aquel que, al menos, apetece lo que le aprovecha. –¿Acaso puede el hombre ansiar lo que no le aprovecha o lo daña? ¡Ay!, ¡ojalá, una vez siquiera en tu vida, quisieras como se debe lo que te conviene!

¡Desgraciada condición, apetecer invenciblemente el veneno!

- 151 Pregunta a los hombres por qué no son felices: si porque no quieren lo que les conviene, o porque no poseen lo que quieren. Responderán que porque no tienen lo que desean. Como si dijeran: “Luz no nos falta; harto sabemos nosotros lo que nos conviene. Pero no está en nuestra mano el adquirirlo”. Esto es falso. ¿Cuántas son las personas del mundo que desean lo que los hace mejores? Tienden los hombres a lo bajo, a lo que es más vil que el hombre mismo, y ¿cómo se va a mejorar lo precioso con lo vil, lo digno con lo indigno, lo mejor con lo peor?

- 152 ¡Ay, cuántos son los que siguen sus apetitos y cuán pocos los que apetecen el verdadero Bien!

¿Y quién podrá convencer de esto a los hijos de Adán? Es como decir al idólatra, que no da

culto a Dios. Lo negará rabiosamente. Te dará detalles de su culto e, incluso, te mostrará con el dedo al dios que adora. Y, sin embargo, no le da culto a Dios, sino a lo que él, en su error tiene por Dios.

Así los hombres aman, no su utilidad, sino lo que, en su error, tienen por tal. Y todo lo que hacen y sufren por semejante causa, creen hacerlo y sufrirlo por su propia utilidad.

153 Nadie procura la propia utilidad sino quien ama a Dios. En Él y sólo en Él está todo el bien del hombre. Pues está escrito: “*Quien permanece en la caridad, en Dios permanece y Dios en Él*” (1 Jn 4, 16). Así es el bien del hombre: nadie lo puede amar sin que “ipso facto” lo adquiera. Y amándolo, no lo puede perder de ningún modo.

154 Al decir los hombres que aman su propia utilidad (esto lo jurarían todos) pero que no la tienen, declaran con esto que aman una cosa distinta de su propia utilidad. Porque el hombre no tiene otra cosa que hacer para alcanzar esta utilidad suya, sino amarla. Pero los hombres se empeñan en fabricarla, como si no existiera aún. Se parecen a los paganos plasmando sus dioses.

El único bien del hombre es Dios. Existe ya desde toda la eternidad; lo posee quien lo ama. Luego no hay que fabricarlo sino amarlo.

La causa de nuestro miserable estado se reduce a esto: que no conocemos ni amamos nuestra utilidad o, al menos, no lo hacemos con la intensidad con que debiéramos.

Capítulo XV: Utilidad de la adversidad

155 Entristecido y turbado, te quejas de éste o aquél, por cuatro palabritas que te ha dirigido con maligna intención. ¿De qué te dueles? Si es por la mala acción de tu ofensor, está bien; porque tal modo de obrar perjudica a su alma. Pero si lo haces por tu propia ofensa, hay en esto desorden. Porque ninguna otra cosa, por santa y buena que sea, te puede ser tan útil como estas injurias bien llevadas.

Los dichos y hechos de los demás, serán para ti buenos o malos, según como uses de ellos. La intención con que está hecha una obra, afecta únicamente a su autor. La iniquidad se engaña, solamente, a sí misma (Sal 26, 12). A ti nada te perjudica su mala intención.

Si sientes pena, ha de ser por el daño que causa a su alma, no por haberte injuriado. Porque si te aprovechas de esta injuria, no sólo no te dañará, sino que te será sumamente provechosa. Recuerda la frase de San Pablo: “*Para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan al bien*” (Rm 8, 28). Todas, incluso las malas acciones ajenas. Para quien no ama a Dios, empero, todo coopera al mal, hasta los mismos bienes.

No tienes, pues, de quién quejarte, sino de ti mismo; porque las cosas no son buenas ni malas, sino según el uso que tú hagas de ellas.

156 Ten siempre ante tu vista tu propio interior; no las acciones –buenas o malas– del prójimo. Examina, únicamente, qué provecho sacas tú de esas acciones, alentando y favoreciendo lo bueno, unas veces; compadeciendo o corrigiendo lo malo, otras.

Buen comportamiento ante los hechos de los demás es no dar lugar al favor humano por los beneficios, ni olvidar la caridad por las ingratitudes. Desinteresado es, entonces, tal amor.

Ningún mérito tiene conservar la paz, sino con aquellos que la han perdido con nosotros.

157 Suceda lo que suceda, mientras tu espíritu no se mueva por la ira, la envidia, la tristeza o sus raíces, ningún daño recibirá tu vida espiritual.

158 Pon al sol dos bolitas: una de arcilla, otra de cera. Aunque el sol sea el mismo, no puede obrar los mismos efectos en ambas. Según su diversa constitución, la una se endurece y la otra se ablanda.

Así también, una de las especies de los metales –el oro– causa en los que lo ven, distintos efectos, según las diversas disposiciones de sus almas. Uno quiere robarlo; otro, ganarlo; otro, darlo a los pobres. El necio llama feliz a su dueño; el sabio, lo compadece. Al alma buena no le traerán ninguna mala afición; ni tampoco buenos deseos a las malas.

Lo mismo ocurre con las demás cosas materiales: mueven al alma humana según su disposición. De aquí que la causa de nuestra maligna afición esté, más que en las cosas mismas, dentro de nosotros. Las ocasiones son una prueba; no nos hacen malos. Nos muestran cómo éramos en lo oculto de nuestro interior.

La inquebrantable fidelidad de la esposa, se prueba a la vista de otros varones. Si es verdaderamente fiel, nada le moverá la hermosura de ningún otro.

Lo mismo tú. Si es inquebrantable tu adhesión al Señor, no te sentirás cautivado por criatura alguna.

Las cosas todas, no hacen sino probar de cuántos quilates sea tu fidelidad al Señor.

Capítulo XVI: Del retorno al Señor en la adversidad

159 Mira cómo te punza el Señor, siempre que sales de Él y, siguiendo tus apetitos, te derramas en las criaturas. Como la nodriza con el bracito del niño fuera de la cuna para que no se hiele.

160 El Señor tenga compasión de ti, alma mía, y no te permita encontrar dónde posar tu pie, para que, a la fuerza al menos, tornes al arca, como la paloma de Noé.

161 Las privaciones y asperezas de esta vida nos obligan, como espuela, a aspirar a otros bienes.

Mas nosotros, acostumbrados a lo terreno, con dificultad elevamos nuestra vista a bienes más altos. En vez de dejar lo temporal, procuramos suavizar sus asperezas. No sabemos elevarnos lo bastante.

162 Hombre que sufres, ¿deseas sentir alivio? –Lo deseo– ¿Temporal o eterno? –Eterno– Tíendele, pues, con toda tu alma a Dios, Verdad, Alivio eterno. Que para esto te hirió; para que pusieses en Él tu amor, y no en lo que vale una paja y esclaviza.

163 ¿Deseas vencerte y mortificar tus sentidos? Esto lo consigues plenamente cuando te viene fiebre, v. g., o un malestar general. ¿Qué te queda, pues, en estas ocasiones, sino dar gracias a Dios por tal victoria? Pero tú aborreces esta libertad y amas vivir en peligro.

164 ¿Qué se puede esperar de ti, si te expones sin causa a los dardos y asechanzas del enemigo? ¿Si no sólo no los evitas, sino que sales a su paso y los recibes con gusto? Andas de peligro en peligro, y esto es para ti un recreo, una necesidad. Ahí has puesto tus ansias; no puedes tolerar su ausencia.

165 La prosperidad es lazo. La adversidad, cuchillo que lo corta. –Cárcel del amor de Dios es la prosperidad. Y la adversidad, ariete que destruye esta cárcel.

166 Imagínate que te dice la adversidad: “¿Intentas hacerme volver atrás? Empeño inútil. No puedo detenerme. Soy una nota del gran concierto; tengo que seguir mi marcha al compás que marca el Señor.

167 Si debes ser un cordero con el peor de los hombres, ¿cómo deberás portarte con el Señor, aun cuando te envía alguna tribulación?

168 Observa cómo vives en una especie de guerra continua. El hambre, la sed, el frío y las enfermedades son como tus enemigos. Tú tienes que ceder de algún modo a ellos, usando de la comida, la bebida, el vestido y las medicinas. Pero es necesario, también, armarte contra ellos, usando de la paciencia y desprecio del mundo, para que estas inevitables concesiones a la naturaleza no sean origen de mayores desórdenes.

169 Como sólo el placer es quien te esclaviza, no tienes que huir sino de las cosas que deleitan. Nunca, pues, está segura el alma cristiana, mas que entre adversidades.

170 Dios forma el látigo con las cosas que amas. Todo es tormento, fuera del mismo Dios. La adversidad, cuando viene; la prosperidad, cuando se va. No admitir la tribulación, es ser un hijo que rompe la vara con que el padre lo corrige.

171 Un cuerpo vencido por otros más fuertes, es traído y llevado de acá para allá. La voluntad, lo mismo. A ti nada te importen los vaivenes a que es sometido un cuerpo vencido, sino los que sufre tu pobre alma.

172 ¡Ay de quien haya perdido, no las cosas temporales, sino el valor para soportar tal pérdida!

Las pasiones no se vencen sino reprimiéndolas. Comiendo no se vence el hambre, se le sirve. Lo mismo el beber, con la sed. Estas acciones, tienden a inclinar al alma a gozarse en la belleza de lo sensible.

Cuando no se sujeta una pasión, sino que se cede a ella, ésta se hace tiránica, y consigue su fin: adquirir mayor dominio sobre el espíritu, acrecentando las inclinaciones y tendencias del alma a lo sensible.

173 El único remedio de semejantes penas y quebrantos, es despreciar los bienes perdidos y dirigir la mirada de nuestra alma al Señor.

174 ¿Has mortificado un gusto tuyo? Has roto un lazo del demonio. ¿Te costó mucho el vencerte? Peligroso era el lazo roto.

¿Huyes de la cruz?, ¿de la cruz sufrida por la verdad? Desprecias el remedio que te sana con más eficacia.

Capítulo XVII: De la tolerancia

175 Todo se puede amar por lo que se espera de ello: la paja por la espiga; el manzano nudoso, por su fruto.

Ama también tú así a los que pueden llegar a ser buenos.

176 Pórtate con los demás como se ha portado Dios –la Verdad– contigo. ¿Cómo eras tú cuando Él te toleró y amó? ¿Cuánto esperó tu conversión? Soporta tú, también, a los demás tal cual sean, esperando mejorarlos algún día.

177 Cuando un enfermo no tiene remedio, culpas de ello al médico. En efecto, en las enfermedades –tanto del cuerpo como del alma–, la cura del enfermo depende, en gran parte, de la capacidad y bondad del médico.

178 Guárdate de despreciar, por las obras del hombre, las obras de Dios. Obras del hombre son el homicidio, el adulterio y cosas semejantes. Obra de Dios es el hombre mismo.

179 ¡Qué hermoso arte, vencer el mal con el bien! Un contrario se vence con su contrario.

180 Has sido puesto como piedra de contradicción, donde se estrellen los dardos del enemigo; es decir, el mal tiene que quedar en ti, vencido por el bien. Nunca debes volver mal por mal, sino como remedio curativo. Y entonces, ya no es mal por mal, sino bien por mal.

181 Los que aman al mundo se imponen penosos sacrificios por aprender el arte de conseguir y gozar lo que aman. Deseas tú poseer al Señor, y ¿desprecias el arte con que esto se adque-

re: volver bien por mal?

182 O sal de aquí, o cumple con el fin para el que has sido puesto. Es decir, cúrate, sufre.

183 El hombre que te odia es un pobre inconsciente. Detrás está el perverso que instiga: el diablo. Sé blando con el primero, para libertarlo; con el segundo, precavido.

184 Porque yo me irrito, tú te descompones. Un descompuesto reprende a un irritado. ¡Qué contradicción! Ríase del cojo quien tenga los pies sanos; y del etíope quien sea blanco.

Yo procuraré corregirme y no volver a incurrir en esta falta. Pero tú ¿qué puedes hacer? ¿Cómo vas a remediar la ira, si ni siquiera sabes tolerarla?

185 ¿Por qué quieres abandonar a aquel hermano? ¿Porque es un irascible y está lleno de defectos? Lo mismo podría hacer Dios contigo.

Imagínate esta escena: una madre abandonando a su hijo. Tú le preguntas el por qué. Te responde ella: “Porque es débil y está enfermo”. Y ¿quisieras tú que se portase así el hijo contigo en igualdad de circunstancias? “No”. Pues no es razonable tu modo de obrar, le dirías.

Este mismo es el caso del médico, sobre todo del médico espiritual. De nadie debe cuidar más que de los enfermos.

186 No exija desagrazos por pequeñas ofensas quien debe pedir perdón por grandes pecados.

187 Si toleras a un ser tan inmundo como eres tú mismo, ¿por qué no tolerar a cualquier otro?

188 Peregrinen otros a Jerusalén; tú practica la humildad y la paciencia. Esto es dejar el mundo; lo otro no es sino rondar por él.

189 Como quisieras se portasen contigo Dios y los hombres, por muchas y diversas que fuesen tus faltas, pórtate tú también con los demás, por numerosas y variadas que sean sus faltas.

Capítulo XVIII: De la piedad y compasión con los flacos en la virtud

190 Maltratada una madre por su hijo, no pide venganza de su ofensa, ya que el castigo del hijo lo tiene por suyo propio. Quien maltratase al hijo por desagrazar a la madre, no conseguiría sino ahondar la herida de ésta.

Así debe ser todo cristiano para con los demás: como una madre. Debe compadecerlos y no ser duro con ellos, cuando los ve cegados en lo que no da sino amargura: en las cosas temporales y caducas.

191 Se ha de odiar el pecado y amar al pecador. ¿Cómo hacer esta distinción? Muy sencillamente. Ahí van dos razones:

Primera: La criatura de Dios es buena, el pecado malo. Tan fácil es distinguir entre pecado y pecador como entre el bien y el mal.

Segunda: ¿Quién se indigna al ver una persona? ¿Y quién no lo hace al conocer sus vicios?, a no ser que se trate de un señor con tanta bondad y buen sentido, que le dé por compadecerse. Pero, en ambos casos, se hace claramente la distinción entre pecado y pecador.

Además, ¿no gustas tú de lucir tu persona y esconder tus vicios? Señal de que haces distinción entre una y otros.

192 ¿Está tu hermano lleno de caridad y buenos sentimientos? Puedes excusarte su trato. ¿Está lleno de odio y furor? No puedes excusarte el tratar con él. El enfermo necesita que lo cuiden los sanos, y procuren su salud.

193 ¿Deseas que Dios se muestre benigno contigo? Muéstrate tú también así con los demás, tanto cuando castigas como cuando alabas.

194 ¿Por qué insultas a los ciegos y enfermos, si también lo eres tú? ¿O, por lo menos, si tu vista y tu salud son dones de otro, no mérito tuyo?

195 Imagínate a todos los hombres hechos unas fieras y con el juicio perdido. ¿Qué? ¿Deberías turbarte por esto? Entonces ¿por qué te turbas por ver a uno descompuesto? Deberías calmarlo, no turbarte tú también. ¿O es que podemos remediar la locura de alguien perdiendo nosotros el juicio?

196 ¿Por qué te gozas en las cruces de tus semejantes? ¿Porque son justas? Luego también se gozará Dios en las tuyas, porque también las has merecido. Y lo que has merecido es un fuego eterno.

197 El médico necio, que no quiere ver menguada su fama, en sus descuidos y fracasos echa la culpa a los enfermos, cuando en realidad es él quien la tiene.

Así haces tú con tus súbditos.

198 Si tú vivieses en Sirio, v. g., y te llegasen hasta allí las noticias de las miserias y pecados de los hombres, ¿perderías la calma? No la pierdas, pues, tampoco ahora cuando veas estas mismas miserias con tus propios ojos. Unas veces es ceguera, otras fragilidad; otras, engaño del demonio con las cosas temporales.

199 Tiembla de pavor ante los inescrutables juicios de Dios sobre ti. ¿Por qué eres tú Superior y ellos súbditos, y no viceversa? Lo ignoras.

Pórtate con ellos como quisieras que ellos se portasen contigo si fuesen tus Superiores.

200 Tu galardón será según tu afán y tu esfuerzo, no según lo que aprovechen tus súbditos. No es el éxito lo que aumenta el mérito.

201 Cuando hayas conocido con certeza la culpabilidad de alguien, menester es que llores su pecado; también Dios ha llorado los tuyos. Pero, ¿para qué tanto sondear la llaga del paciente, si después, no sólo no te condues de él y lo curas, sino que lo afrentas?

202 Cuando veas u oigas las desgracias ajenas, echa una mirada a tu espíritu. Es un momento muy propicio para conocer cuánto hay en ti de verdadera caridad para con los hombres.

203 Si se diese el caso de ser tú mejor que los demás, no tienes por qué alegrarte. Debes, más bien, dolerte y tener como mal propio la falta de bondad de que adolecen tus hermanos.

204 Cuando quieras juzgar o castigar a alguien, imagínate ser tú el reo. Ponte en su caso, y obra luego conforme creas convendría obrasen contigo en semejantes circunstancias. *“Pues con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, se os medirá a vosotros”* (Mt 7, 21).

Recuerda que Cristo se hizo hombre antes de juzgarlo.

205 Has de esforzarte porque tus señores –los hijos de tu Señor, a cuyo servicio te ha puesto Dios– hagan, no lo que tú quieres, sino lo que les aprovecha. No debes inclinarlos a tu voluntad, sino inclinarte tú a su utilidad. No para mandar, sino para hacerlos aprovechar te han sido encomendados.

Se pone al enfermo en manos del médico para que lo cure, no para que domine sobre él. El médico no persigue al enfermo, sino a la enfermedad. No pide castigo ninguno por lo que sufre por él; se contenta con que sane. No echa la culpa de sus males al doliente, sino a la dolencia. Toda su venganza consiste en extinguir la enfermedad.

206 A dos médicos se les encomendaron cuatro pacientes: uno sano con un enfermo, al uno; y otro sano con otro enfermo, al otro. Se les prometió una paga, tanto por conservar la salud de los sanos, como por devolverla a los enfermos.

El uno cumplió plenamente su deber con los sujetos que se le encomendaron; sin embargo, se le murieron los dos.

El otro, por el contrario, nada hizo de lo que debía. No obstante, el sano conservó su salud y el enfermo la recuperó.

¿Cuál de estos dos médicos ha merecido su paga? –No cabe duda que quien cumplió con su deber con la mejor voluntad que pudo, es tan digno de alabanza y de paga como si sus dos clientes vivieran y se conservaran sanos. El otro, por el contrario, que no quiso cumplir con el deber, es tan digno de castigo como si sus dos clientes hubieran muerto.

207 Por dos cosas se mide la calidad de un médico: por su ciencia y por su bondad. Porque no

siempre está en su mano el devolver la salud a cuantos se someten a su cura. A veces, no se puede saber si se trata o no de un caso desesperado. Entonces, es deber del médico agotar los recursos de su arte en el tratamiento, derrochando bondad. Éste es el modo de merecer ante Dios tantas gracias y tanta paga por los que sanan como por los que mueren.

208 Prepárate a vivir entre malos, conservando inalterable la paz de tu espíritu, como un ángel. ¿Qué mérito tiene conservar tal paz con los santos?

209 Virtud de ángeles es vivir con los viciosos y no contraer sus vicios.

Y privilegio de insignes médicos, vivir entre apestados, y no sólo no contagiarse, sino devolverles la salud perdida.

Capítulo XIX: Del amor de Dios y sus efectos

210 Quien se goza en la forma de un cuerpo, por encontrarla de buen parecer, no atribuye este sentimiento a mérito suyo, sino a la belleza del objeto; por esto la alaba y admira con toda su alma. Ve que la bondad no está en él, sino en el objeto bello. El entendimiento y la voluntad salen de sí, enajenados y arrebatados por tal belleza. Y este enajenamiento y arrebato es tanto más intenso, cuanto es mayor la admiración que excita el objeto. Maltratar o arrebatar el cuerpo bello a este sujeto, lo tendría por un agravio. Agravio propio, no del cuerpo así maltratado o arrebatado. Unirse a esta belleza es para él un paraíso: la felicidad. Separarse de ella, un infierno: la suma desdicha.

Sean también éstos tus sentimientos para con Dios.

211 Si en una placa de oro grabásemos la imagen de un montón de estiércol, podríamos distinguir allí dos valores: substancial, el uno –el oro de la placa–, y representativo el otro –el montón de estiércol. En este caso, evidentemente, el valor substancial es superior al valor representativo.

Pero si en vez de estiércol, grabásemos un ángel –substancia viva, intelectual, espiritual– entonces, el valor representativo es superior al substancial –materia inanimada e insensible.

Estos dos valores –substancial y representativo– se pueden distinguir también en el alma. Si ésta queda impresionada por las cosas materiales, inanimadas, caducas, entonces su valor representativo es inferior al substancial. Porque substancialmente el alma es un ser dotado de vida y razón a imagen de Dios. Representativamente es lo que son los objetos que ama y en los que se goza.

Cuando sale de sí misma a través de los sentidos del cuerpo y se derrama en lo sensible, hace un cambio desfavorable: pasa de lo mejor –la vida, la razón y la espiritualidad que ella tiene en sí–, a lo que es peor –lo material. Y cuanto mayores sean las energías del alma dispersadas en lo exterior, mayor es su pérdida.

Por el contrario, si sale de sí misma para tender a la Verdad –Dios–, entonces mejora: su valor representativo es superior al substancial. Substancialmente es un alma, pero representativamente es (si está permitida la expresión) Dios, conforme a aquello del salmista: “*Yo dije: dioses sois e hijos del Altísimo todos*” (Sal 81, 6).

Esto explica por qué, al elevarse el alma sobre sí misma, para penetrar en Dios, pasa de lo bajo a lo más alto posible. Y cuanto más fervientes sean estos actos del alma, tanto mayor será la elevación adquirida en ellos.

212 Cuando queremos un bien que necesita de otros, no remediamos nuestra miseria, sino que la aumentamos. Acrecentamos nuestras preocupaciones. Ama, por tanto, al Bien que de nada necesite.

Las cosas son buenas en cuanto participan de la Bondad. Necesitan de esta participación para ser buenas. Pero hay una Bondad no participada, que tiene la razón de su bondad en sí misma y de nadie necesita.

Ámala tú, y serás dichoso.

213 Si los últimos vestigios de Dios –lo temporal y caduco– apasionan tanto a las pobres criaturas, que por conseguirlos pasan trabajos y sufrimientos sin cuento, ¿qué será el mismo Dios?

214 Ni en ti ni en otros debes complacerte nada, sino en Dios.

215 Todo lo hacemos buscando un bien. En el pecado se busca el bien ínfimo, la criatura, el último vestigio del Creador. Es decir, todo da testimonio de la bondad suprema de Dios, hasta los mismos pecados.

216 Si tanto se busca el viento de los hombres –la fama o las alabanzas–, ¿cuánto se deberá ansiar la salvación de los hombres, el Creador?

217 Si tan grata impresión causa oírse llamar bueno, que hasta los que no lo son se gozan en ello, ¿cuánto más grata aún la causará ser bueno en verdad?

Y si tan amarga sensación produce oírse llamar malo, que ni siquiera los que lo son lo pueden tolerar, ¿cuánto mayor desgracia será serlo realmente?

218 El hombre se apasiona a la vista de una criatura y tras ella se le van los sentidos del cuerpo, hasta olvidarse de sí. ¿Cuándo sentirás tú semejante pasión a la vista del Creador?

219 Fácil precepto el que te impone el Señor: la felicidad, la paz, la ausencia de vanos temores y turbaciones. Es decir, la perfección en el amor a Él.

220 “*Declina a malo et fac bonum*” –aléjate del mal y haz el bien– (Sal 36, 27). Sólo la verdad conoce el camino que aparta del mal, y sólo su amor da fuerzas para andarlo. No se anda este camino con los pies del cuerpo.

221 Ama el Bien que no se pierde: Dios.

222 Si sólo en la unión con Dios está todo tu bien, tu mal todo él estará únicamente en el apartamiento de Dios y no en otra cosa. Éste es tu infierno, tu “gehenna”.

223 Despréndete ahora de las cosas materiales. Avergüénzate de no poder vivir sin ellas. Un desprendimiento voluntario hecho ahora, está lleno de mérito y atrae sobre sí las gracias del Señor. ¿Esperas para más tarde? Todo lo perderás forzosamente a la hora de la muerte, con gran pena tuya.

Imagínate que lo tienes todo. ¿Y qué? También llegará un día en el que lo perderás todo. Además, ¿no debemos despreciar las cosas materiales, aunque nunca las perdiéramos, por lo poco que valen en sí?

Haz ahora, voluntaria y meritoriamente, lo que tendrás que hacer más tarde a la fuerza y sin mérito alguno. Aprende a carecer de estas cosas y a vivir y gozarte en el Señor.

Capítulo XX: Del amor desinteresado al prójimo

224 Los sentimientos de nuestra alma, el ambiente que creamos a nuestro alrededor, ha de ser de caridad. Un amor a los demás desinteresado, gratuito. Hagan otros lo que quieran, nosotros no mercantilicemos la caridad, no la vendamos en la medida en que nos hagan favores. Prodiguemos siempre esta caridad gratuitamente. Esto es lo que hace dichosa a un alma y la llena de méritos.

225 No el ser amado por todos, sino el amarlos es lo que asegura nuestra salvación.

226 El odio –tuyo o de los demás– es un impedimento para la vida. A ti y a los demás os conviene amaros mutuamente.

227 Si tienes caridad porque la han tenido contigo o quieres que la tengan, esto, más que caridad, es un simple pago: das tu amor por el que recibiste de los demás. Eres un cambista, “*recibiste tu recompensa*” (Mt 6, 5).

228 Con quien te hizo una injuria, muéstrate más afable y obsequioso; con el que tú has ofendido, adopta una postura de humilde súplica y de rubor.

229 Amas más las riquezas que al amigo, cuando las deseas para él como un bien. Quieres a las riquezas como un bien en sí; al amigo como un pobre ser necesitado de ellas. Te muestras con esto más dispuesto a carecer del amigo que de las riquezas.

230 Los beneficios que recibes de otros, los tienes por dones de Dios. A Él –tú así lo crees–, se

han de dar las gracias. Pues, igualmente, cuando haces tú a los demás algún beneficio, que las gracias se den al Señor, no a ti.

A veces, Dios reparte sus gracias indirectamente. Pensando, v. g., en la conversión de los gentiles, engrandeció a los Apóstoles. Emplea, pues, los dones de Dios en servicio de los demás.

231 Quien mata al inicuo en su iniquidad, poniendo por causa se deseo de destruir esta maldad aborrecida por él, se engaña. Al morir el injusto en su pecado, se ha eternizado su iniquidad. Quien odia el pecado, trabaje por la conversión del pecador; así desaparecerá la iniquidad.

232 “*Dios es caridad*” (Jn 8, 7). Quien en su caridad para con los demás mezcla la escoria de otros intereses, traiciona al mismo Dios, su Felicidad. No le irá bien, sino amando pura y desinteresadamente.

233 ¿Te agrada la caridad? ¿Te causan placer los rostros alegres y los demás reflejos de esta caridad? ¿Y por qué no te es más dulce el practicarla?

234 Dar porque nos han dado o nos han de dar, ningún mérito tiene a los ojos de Dios. Así también el mérito de la paz y la caridad está en tenerla con los inquietos y desagradecidos.

235 ¿Amas la verdad? ¿Es sólo el amor quien te arrastra? –Reprende, castiga.

Pero si lo haces con otros sentimientos, te condenas a ti mismo. Así te tratará el Señor.

236 “*El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rm 5,5). ¿Pero cuál es el motivo de tu amor a Dios y al prójimo? ¿Los beneficios temporales? –Entonces no es el Espíritu Santo, sino las cosas temporales las que derraman en ti la caridad. Mas llamemos a las cosas por su nombre: esto no es caridad sino egoísmo.

237 No te han impuesto nuevos deberes al nombrarte Prior. Te basta con hacer lo que hacías: trabajar por el bien de los demás. Hasta ahora cumplías este deber con oraciones; en adelante, lo cumplirás con obras. Aunque éstas no han de disminuir tu oración, sino aumentarla.

238 Si te mantienes fiel al Señor, serás al mismo tiempo caritativo con el prójimo. Tu alma se verá libre del egoísmo y cualquier otro desordenado afecto.

239 Difícil es convencer a un hombre de que se le hace por caridad lo que le molesta.

Capítulo XXI: La santidad de los ángeles y la nuestra

240 La perfecta fruición de un objeto, lleva consigo el olvido de sí mismo. Una especie de abandono y desprecio de sí, por tender al objeto, nos lleva tras él. El sujeto pone la atención fuera de sí: en la esencia y operaciones del objeto amado.

Por esto, los ángeles están más olvidados que nosotros de sí mismos. Su ser, todo entero, tiende hacia Dios. Viven en un profundo olvido de sí y de las criaturas. Ni siquiera se dignan mirarlas. ¡En tan poco las tienen! Este olvido y desprecio profundos lo causa su viva tendencia hacia Dios. Allí está fija su mente: en la esencia y operaciones divinas. Y cuanto mayor sea el desprecio, la aversión y el olvido propios, mayor es su unión con Dios, su semejanza con Él y, por tanto, su santidad.

241 Cristo conduce a los ángeles al abrazo del Esposo. A nuestras almas –esposas infieles–, las aparta del abrazo del mundo, el cómplice de la infidelidad.

La acción de Cristo con los ángeles es conservarlos en su unión con Dios; su labor con nuestras almas es mantenerlas apartadas del contacto con el mundo.

Los ángeles, gozan de la visión beatífica; nosotros, vivimos en fe, esperando la gloria futura.

Su gozo está en la posesión de Dios; el nuestro, en la cruz y la tribulación.

Su felicidad, está en vivir; la nuestra en morir.

Su vida, consiste en unirse a Dios; la nuestra en apartarnos del mundo.

Ellos, se gozan en sus bienes; nosotros nos dolemos de nuestros males.

Su corazón, vive alegre; el nuestro, contrito.

Ellos son inocentes; nosotros penitentes arrepentidos. Ellos han alcanzado ya la plenitud del bien, mientras nosotros apenas hemos comenzado.

242 Lo puedo decir con certeza: ninguno de los dones recibidos de Dios por los ángeles es superior a la caridad. Nada más alto o digno, nada más precioso o útil, nada más bello ni más apasionante.

¿Por qué? “Dios es caridad” (Jn 4, 6). Por tanto, si alguien tuviera algo superior a la caridad, por cualquier concepto, tendría algo superior al mismo Dios.

Capítulo XXII: De la verdadera perfección del hombre

243 Todas las cosas que ves tienen cierta hermosura y perfección natural dentro de su género. Cuando éstas faltan te disgustas por ello, y con razón. Si ves, v. g., un hombre sin nariz, lo sientes al punto. Allí falta algo para la natural perfección del rostro humano. Esto mismo ocurre en todas las cosas, aun en la hoja de una ortiga o de una hierba cualquiera.

¿Y quién negará que nuestra alma tiene también su propia hermosura y perfección natural?
¿Y que las almas que la poseen son dignas de alabanza y las que carecen de ella dignas de desprecio?

Considera, pues, tú, con la ayuda del Señor, cuán lejos está tu alma de esta perfección y hermosura, y no ceses de censurarte por ello.

244 ¿Y en qué consiste esta hermosura connatural al alma? En primer lugar, en ser devota para con Dios. ¿Y cuánto? “*Con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con tus fuerzas todas*” (Lc 10, 27).

En segundo lugar, en ser benigna con el prójimo. ¿Y cuánto? Hasta la muerte. Y si no lo fueras, ¿quién sería el perjudicado? Dios, no; el prójimo, algo, quizás; quien recibe el daño eres tú, sobre todo. Tienes afeada el alma; te falta una perfección esencial en su embellecimiento.

Si una rosa perdiese su color o un lirio su olor, yo podría resultar algo perjudicado, pues me deleito en tales cosas; pero, sobre todo, serían el lirio y la rosa los que se habrían echado a perder al quedar privados de su belleza propia y connatural.

245 Consiste la perfección de la criatura racional en apreciar las cosas en su justo valor. Estimarlas en lo que valen, ni más ni menos. Lo contrario sería caer de bruces en el error.

Las cosas, unas son superiores al hombre; otras, iguales; otras, inferiores. Superior es Dios; igual, el prójimo; inferiores, las demás cosas.

A Dios hay que tributarle la estima que merece según su infinitud. Esto requiere, evidentemente, un conocimiento previo de su grandeza. Mas un conocimiento tal, una comprensión exhaustiva de la infinitud divina, nadie la puede tener sino el mismo Dios.

La ciencia divina es infinitamente mayor que la nuestra, lo mismo que su esencia. Comparado nuestro ser con el de Dios, es pura nada; así también, comparada nuestra teología con la ciencia que Él tiene de Sí, es pura ignorancia y ceguera. Por esto dice el Señor: “*Nadie conoció al Padre sino el Hijo*” (Jn 15, 13).

Lo que decimos del conocimiento, podemos decirlo también del amor. Sólo Dios se ama a sí mismo cumplidamente. Nuestro amor para con Él no pasa de ser un tímido esbozo, muy lejano, de la perfección con que merece ser amado un Ser infinito.

246 ¿En qué consiste, pues, la perfección de la criatura racional? En valorar las cosas según lo merecen. ¿Y cómo hacer esta valoración? Véanse las reflexiones de los números siguientes.

247 A Dios lo debemos estimar por encima de todas las cosas. Por ninguna criatura podemos sentir el mismo aprecio, ni tampoco una parte. Y proporcional a esta valoración de la inteligencia, ha de ser el amor. Así dice la Escritura: “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todo tu ser*” (Lc 10, 27). Es decir, que no debes confiar ni gozarte sino en el Señor.

248 Iguales tuyos son los demás hombres. Has de sentir por ellos la misma estima que tienes por ti mismo. Después de Dios, tú y el prójimo en el mismo plano.

Lo que decimos de la estima, lo debemos decir también del amor. Por eso, cuando se trata de trabajar o sufrir por el prójimo máxime en cosas tocantes a su salvación o santificación, trabaja y sufre como lo harías por tu propio provecho. Recuerda lo que dice el Señor: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Mt 22, 37).

249 Cosas inferiores al hombre son las que carecen de razón. La vida sensitiva, vida común con las bestias; la vegetativa, común con las plantas; y el cuerpo material, común, en sus elementos, a las cosas inorgánicas. El aprecio que sentías por las cosas altas, aquí ha de ser desprecio. No podemos permitir que el corazón se nos pegue a estas cosas. *“No os apeguéis al mundo ni a las cosas que hay en él”*, nos dice San Juan (1 Jn 2, 15).

250 Sea, pues, tu norma: gozarte en Dios; convivir con el prójimo; servirte de las cosas. Para con Dios, sé devoto y sumiso siervo; para con el prójimo, un compañero caritativo y bondadoso. Y en cuanto a las demás cosas, sé señor, no esclavo.

Las cosas inferiores, son medio; las superiores, fin. Detesta lo mismo el sacrilegio y la impiedad para con las superiores, que la soberbia, el odio o la ira para con los iguales, y la codicia y el apego en las cosas del mundo.

Que tu espíritu se alimente de las cosas de arriba; sean ellas quienes lo impresionen y lo muevan. Llénate de Dios; procura ser santo como lo es tu Padre celestial: a su imagen y semejanza has sido creado.

En cuanto al mundo y sus cosas, ponlas debajo de tus pies. Sé tú señor, y el mundo esclavo. No uses de él sino como medio para tu verdadero fin.

251 Esta perfección a la que tendemos en esta vida, no la alcanzaremos sino en la otra. La logremos tanto más plenamente cuanto mayor sea el fervor con que la ansiemos ahora. Las mociones del alma, y aun las del cuerpo, serán todas divinas. El pecado y sus consecuencias –el dolor y la muerte–, desaparecerán.

El alma desnuda se irá a la verdad desnuda, sin palabras, sin misterios, sin comparaciones ni ejemplos. *“Allí no necesitarán instruirse los unos a los otros, ni el hermano a su hermano, diciendo: ¡Conoced al Señor! Pues todos me conocerán, desde al más pequeño al mayor, dice el Señor”* (Jr 31, 34), porque *“serán todos enseñados por Dios”* (Jn 6, 45).

Capítulo XXIII: Del Verbo encarnado, nuestro modelo de perfección

252 La perfección y las virtudes dichas, las podría descubrir el alma por sí misma, incluso ahora en esta vida mortal, si tuviese ojos capaces de intuir directamente las cosas en Dios. Allí vería no solamente que ella es inmortal, sino también que algún día lo será el cuerpo, cuando quede glorificado. Todo esto lo percibiría claramente en el Verbo, Sabiduría del Padre. Mas, por nuestra imperfección, no éramos capaces de semejante intuición directa de la divinidad. Por esto, para hacerse visible a los hombres, se encarnó. Se unió personalmente, no a un alma humana –no sería perceptible por nosotros–, sino a un alma con su cuerpo.

253 Distingue un momento estos tres conceptos: el Verbo divino, el alma humana y el cuerpo humano. Si viésemos al Verbo, no hubiera sido necesario que se uniese al hombre para darle ejemplo de vida. Si viésemos el alma humana, bastaría la unión con ésta. Pero como no vemos ni a ésta ni a Aquél, se nos concedió la unión con el cuerpo humano. Y así, “*el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1, 14) apareciendo como hombre, para introducirnos, algún día, en los secretos de Dios.

254 El Verbo, al hacerse hombre, podía darnos adecuadamente las lecciones de perfección que necesitamos. Y eso es lo que hizo con su vida, pasión y muerte. Realizó plenamente la perfección antes expuesta.

Cumplió los deberes para con Dios. Los ojos de su alma contemplaban sin cesar al Padre. Lo estimaba como al Ser Sumo; las demás cosas quedaban en un plano infinitamente inferior. Y todo su anhelo era cumplir la voluntad del que lo había enviado (Jn 8, 29; 6, 38).

El amor al prójimo fue sumo: hasta morir por él. “*Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por su amado*”.

No fue esclavo de las cosas, sino señor de ellas. Sufrió crueles tormentos –dominio de la vida sensitiva–, e incluso soportó la muerte –dominio de la vida vegetativa–.

En el uso de las cosas, fue sobrio en extremo: “*No tenía dónde reclinar la cabeza*” (Mt 8, 29).

Su alma santísima no recibía otro influjo que el del Padre, en quien tenía puesta siempre su mirada. Allí veía sin misterios ni figuras la ciencia divina, que después nos mostró a nosotros, pobres pecadores. Al mismo tiempo, ardía sin cesar en el amor al Padre. Y así, nos ha quedado un perfecto modelo de perfección: qué hemos de hacer, qué hemos de sufrir y por qué motivos.

255 El modelo a quien había de imitar la criatura humana, era Dios. El Señor escogió un modo de hacer que este modelo fuera visible al hombre: la Encarnación. Fácil es ahora para el hombre cumplir la obligación de asemejarse a Dios: imitar al Verbo Encarnado. Y esto no es sólo el cumplimiento de una obligación, sino toda su perfección.

Segunda parte

Nota

Los Pensamientos de esta segunda parte, que no aparecen en Migne, son los que publica Wilmart (o. s. b) con el número seguido de un asterisco.

No porque se dudase de su autenticidad, sino por juzgarlos, sin duda, demasiado personales fueron excluidos los pensamientos de esta segunda parte de las ediciones antiguas. Por su forma y por el valor de su contenido, son similares a los de la primera parte. Como reflexiones más personales e íntimas de Dom Guigo, quizás sean las que más nos interesen.

Se han distribuido en cuatro capítulos, por seguir el orden que Wilmart sugiere como el mejor. La división, sin embargo, no deja de ser un tanto artificial, por tratarse de pequeñas composiciones independientes entre sí. Recuérdese lo dicho en la Introducción acerca del modo peculiar de escribir de Dom Guigo en esta preciosa obrita suya.

Capítulo I: Dios

256 Querer algo como un bien en que gozarse y descansar; y querer para alguien un bien, son cosas muy distintas. En ambos casos se ama: en el primero, del modo debido a Dios; en el segundo, del modo debido a los amigos. Solamente Dios puede ser amado como un bien en que gozarse y en que descansa el alma. Cuando se hace esto con otro que no sea Él, hay una idolatría manifiesta.

Capítulo II: Nosotros

296 ¿Te puedes pagar algo a ti mismo? –No. ¿Sabes qué dice el Señor que hemos de pagar a todo obrero sin demora? Pues, si gustas de trabajar a tu servicio y no puedes pagarte nada, dejas un obrero sin pagar; traspasas el mandato del Señor. Dios se vengará de esta injuria.

¡Pobre hombrecillo!, acaba de una vez de trabajar por egoísmo.

297 ¿Haces todas las cosas según tu voluntad? No esperes paga de otro: págate tú a ti mismo.

¿Que no puedes pagarte? Hay que apelar a juicio, ante Dios, justo Juez.

Si en verdad te amases, no te agradecería servir a aquel de quien nada puedes recibir, es decir, a ti mismo.

298 Avergüénzate de hacer lo que ni tú puedes mirar, ni mostrar a los demás.

299 Debes permanecer unido al cuerpo, solamente para conservar la vida, no para seguir sus malas aficiones y concupiscencias.

300 Ignoras que vives atado, como un perro; y no opones resistencia a tus cadenas.

301 Si una repugnante inmundicia experimentada en la carne, así deleita y arrebatada el ánimo, ¿qué hará el Sumo Bien?

302 De la experiencia nace el afecto de atracción o repulsión.

303 ¿Deseas una paz de tres años? ¿Y por qué no buscas, más bien, una paz eterna?

304 La sensación es viva en su primera impresión. Pero cuando uno se acostumbra a ella, apenas se percibe. Esto que ocurre con los dolores, ocurre también con los sabores, y, en general, con todo lo relacionado con los sentidos corporales.

305 Quien lleva la cruz, no ansía vivir mucho, por dejarla pronto.

306 ¿Vives en deleites? En peligros vives. ¿Por qué te detienes en salir de ellos? ¿A dónde? A cualquier parte, aun a la más dura austeridad.

307 Si cuidas de la carne, perece también el alma; mas si cuidas del alma, se salvan las dos.

308 ¿... La ira, felicidad? ¿Si dijeras calamidad?

309 Ni el irritado es feliz, ni el feliz se irrita.

310 “Quien de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la primera piedra” (Jn 8, 7). ¿Podrías haberla lanzado tú?

311 Los libres no han menester libertador.

312 Mira de cuántos modos atormenta la ciencia al hombre (Qo 1, 18).

313 A veces te disgusta de tal modo la ira, que llegas a enfadarte. Si te molesta la ira ajena, también debiera disgustarte el enfado propio.

314 Al llamarte justo, se te vitupera de algún modo. Es como dorar una madera: no se la doraría

si, de por sí, tuviera suficiente brillo.

315 Una es la paz del que ha sabido sobreponerse a las adversidades, y otra distinta la del que las ha evitado, o al menos, él lo juzga así. Mas tú, no te alegres ni de lo uno ni de lo otro, sino de haber sido vencido, o poco menos.

316 Nos es grata la exposición de un asunto cuando todo en él rezuma verdad. Esto nos cautiva. ¿Por qué, pues, se te hace tan amarga la verdad al recibirla en forma de corrección? Si es el mismo plato el que te sirven.

317 La verdad es vida. ¿Por qué, pues, sientes angustias de muerte cuando te la administran al corregirte? Vivías acogido a la sombra del error.

318 ¿De qué serviría el médico sin enfermedades? Y sin adversidades, ¿cómo se ejercitarían la fortaleza y la paciencia? Si no hubiese pecadores, ¿cómo podría haber intercesores? Y sin ignorantes, ¿para qué servirían los maestros? ¿Cómo se podría ser misericordioso no habiendo necesidades?

¿Y tú curarías si no tuvieras a quién, esto es, enfermos? ¿Sufrirías si no tuvieras qué, es decir, contrariedades? ¿Harías oficio de intercesor, no habiendo pecadores? ¿Enseñarías, si no existiese la ignorancia? ¿Serías misericordioso, si no hubiese necesitados? ¡Absurdo! ¿Qué más? ¿Comerías tú, sin hambre? ¿Beberías sin sed? ¿Te calentarías sin el frío? ¿Buscarías la sombra, sin el calor? Un mundo al revés.

319 Al principio, compelido por el sufrimiento físico, dejaste al mundo entrar en ti; ahora, te gozas en el mismo sufrimiento, a fin de poder sentir el mundo y gozar de él.

320 No hemos de aquietar nuestras comezones y dolores con cosas suaves, no sea que, por este placer, comencemos a amar las mismas dolencias.

321 Debes alegrarte, no tanto por la ciencia adquirida, cuanto temer no usar bien de ella.

322 Las adversidades no disminuyen tu virtud, sino demuestran la poca que tenías. Al apegarte a las cosas que la adversidad te quita, fue cuando empeoraste. Mejor dicho, estabas ya enfermo de antes, porque el alma no obra sino según sus disposiciones.

323 Prefiere ser enseñado a enseñar. Así obra quien se conoce a sí mismo. Igualmente, prefiere obedecer a mandar.

324 Lo que tiene de justo una causa, debe bastarte. No debes buscar el favor de nadie, si no es para inducirlo como adversario, lo mismo que a tus contrarios, a ser justos: es una manera de amarlos. El juez justo presta un servicio a los mismos injustos: los lleva a la justicia.

325 El médico o el educador tiene una doble tarea: la primera, conservar y aumentar lo bueno; la segunda, quitar o remediar lo malo. No es buen médico quien desea que siempre haya

enfermos; ni buen maestro quien apetezca que siempre existan ignorantes. El buen médico pugna por acabar con las enfermedades y lo mismo el buen maestro con la ignorancia. Es decir que, de algún modo, trabajan contra su oficio. Si no existieran éstas, tampoco ellos.

326 No te gusta engañarte, ¿y por qué buscas tu felicidad y tu corona donde no están?

327 El éxito o fracaso no cambia el mérito de nuestro esfuerzo.

328 Duélanse otros de las miserias del cuerpo; tú, duélete de las del alma.

329 ¿Te preocupa la falta de fuerzas corporales? ¿Y no te preocupa la falta de fuerzas espirituales para tolerar esta flaqueza?

330 Cuando poco ha cometiste una falta en público, entonando una antifona por otra, andabas buscando cómo echar la culpa al libro o a alguna otra cosa. Y se cumplió en ti la frase del salmista: no querías reconocer tu falta e ibas “*in verba malitiæ ad excusandas excusationes in peccatis*” (Sal 140, 4); mas el Señor te castigó y quedó patente, no sólo tu falta, sino también tu soberbia interior: “*Arguam te et statuam contra faciem tuam*” (Sal 49, 21). Y no tienes salida: “*Periit fuga a me*” (Sal 141, 6).

331 No has sido creado para ser visto, conocido, amado, admirado o alabado; sino para ver, conocer, amar, admirar y alabar al Señor. Esto es lo que te aprovecha; lo otro, no es sino perder el tiempo.

332 No es mucho de apreciar el tener un puesto de mando. También lo tuvieron Nerón y Pilatos. Lo mismo se diga de la vida larga: dicen que ciertas tortugas viven varios siglos. Rara vez concede Dios estos dones a los santos. Y cuando a un elegido suyo le da poder sobre otros, más lo hace por consideración a los súbditos que por el que recibe el mando. No es éste quien necesita de los súbditos, sino éstos los que necesitan de un guía y rector.

333 Mucho es el desprecio en que te tienes. No gustas de elevarte y dignificarte. ¡Cuántas veces se realiza en ti aquello de los Salmos: “*Adhæsit pavimento anima mea*”; “*conglutinatus est in terra venter noster*”; (Sal 118, 25 ; 43, 24).

334 Ninguna paga debes pedir por el cumplimiento de tus deberes. Más aún, ninguna adversidad te debe apartar de tal cumplimiento del deber. La justicia es un bien en sí misma: se ha de apetecer aunque no existieran otros premios que la hagan atrayente. En sentido inverso, lo mismo se puede decir del pecado: hay que aborrecerlo, aunque no llevase consigo otro castigo. ¡Harta pena es el pecado en sí mismo!

335 Ni las ventajas ofrecidas te autorizan a cometer una falta, ni los inconvenientes que se presenten te permiten una claudicación en el cumplimiento del deber.

336 Una cosa es hacer lo que quieres; otra, hacer lo que aprovecha a tu alma. No siempre está la perfección en hacer las cosas según nuestro gusto. El modo de vengarse Dios de los malos,

según el salmista, es dejarlos ir tras los deseos de su corazón y seguir sus antojos (Sal 80, 13). A San Pedro, sin embargo, le dice el Señor: “Serás conducido adonde tú no quieres” (Jn 21, 18). Aprende, pues, a negar tu voluntad; porque si condesciendes con todos los antojos de tu espíritu, “serás el juguete de tus enemigos” (Si 18, 30).

337 Todo nuestro ser se va tras lo sensible. Nos derramamos al exterior por los sentidos del cuerpo. Somos unos vasos agujereados que no pueden contener el unguento de su vida interior. No nos preocupamos sino de lo exterior. En ello trabajamos. Ahí se va toda nuestra admiración, quedando nuestra alma cautiva y rebajada. De las cosas internas, apenas hacemos caso ninguno. Sabemos muchas cosas e ignoramos lo que es nuestra alma. Vergüenza debiera darnos, admirar lo ajeno, exterior, y despreciar lo propio, interior: sentir estimación por lo que nada vale, y abandonar un gran tesoro.

338 No te compares con los demás. Supérate. En esto consiste el avance real en las cosas del espíritu. ¿De qué te serviría llegar a ser mejor que los demás, si esto se realizase mediante un retroceso de tus prójimos?

339 Los alivios que prestas a tus dolencias y flaquezas, más son costumbre que necesidad: no te piden sino lo que acostumbras a darles. “Se apoyan en su amado”, se pudiera también decir aquí (Ct 8, 45).

340 Te dicen al pedirte oraciones por alguien: “Es tu bienhechor”. Pero también se ha de pedir por el malhechor. Y más, por ser mayor su necesidad. Además, ¿no dice el Evangelio: “*Rogad por los que os persiguen y seréis hijos de Dios*”? (Mt 5, 49).

341 Una cosa es conocer el pecado por haberlo cometido y otra conocerlo para formarse conciencia y corregirlo. Lo primero es propio del pecador; lo segundo, del confesor.

342 Conocer, amar, alabar, etc. aprovecha o daña a quien tributa estos actos, no a quien los recibe. Es decir, el hombre se ennoblece si conoce, ama o alaba lo que debe –Dios–; y se envilece si lo hace con quien no debe: la criatura. Pero ser conocidos o alabados no nos pone ni quita nada.

343 “*Corripiat me iustus in misericordia*” (Sal 140, 6), como condoliéndose de mi caída: no en justicia, como imponiéndome el castigo merecido. Tampoco él quisiera ser castigado según merece. Si corrige, pues, sin misericordia, no será justo: hace a los demás lo que no quisiera se haga con él.

344 “*Specie tua et pulchritudine tua intende*”: atiende a tu hermosura interior, la que posee un alma donde mora el Señor, y avanzarás en perfección y reinarás: “*Prosperere procede et regna*” (Sal 44, 4). Mas si, olvidado de tu belleza interna, te derramas al exterior y atiendes a la belleza ajena, entonces ni avanzarás ni reinarás, sino que serás esclavo de la criatura mas que servidor del Creador, hermosura interna del alma.

345 El fariseo no debió decir: “Gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, ni

como este publicano”, sino: “Porque no soy como suelo”. Ésta es la expresión del proficiente, que se muestra agradecido a la gracia de Dios. Lo otro, no es sino soberbia y juicio temerario sobre lo oculto del corazón ajeno.

- 346 ¿De qué depende tu certeza, al creer una cosa no vista? De la autoridad o veracidad de los testigos y de su número. Ahora bien, ¿qué cosa ha sido atestiguada por tantos testigos, y de tanta autoridad, como la vida y la muerte eterna? Esto lo atestiguan los martirios, las penitencias, los trabajos, los afanes todos, pasados por tantos elegidos, desde el principio del mundo hasta ahora. Ninguna certeza debe ser, pues, tan segura y firme. ¿Y lo es así?
- 347 Nota el mutuo influjo entre lo somático y lo psíquico. Una lesión del cuerpo produce tristeza en el alma; y viceversa, cuando el espíritu se angustia, la cara se arruga y contrae, e incluso, a veces, derrama lágrimas.
- 348 Pregunta el alma qué es el alma: es como si la blancura preguntase qué es lo blanco. Sonrojo debiera causarle hacer tal pregunta. Conoce tantas cosas y no se conoce a sí misma. ¡Si nada tiene tan presente como su propio ser!
- 349 La santidad, más que en lo que se “hace”, consiste en lo que se “es”. Si uno tolera una injuria, o hace una limosna, es porque ya antes existía en él la paciencia o la caridad. Es decir, que la obra, más que constituir la esencia de la perfección, es una manifestación de que ésta existe. Así, puede haber una perfección sin obras, por no presentarse ocasión de ejercitarlas, como es la perfección de los bienaventurados.
- 350 Superas en egoísmo a los buitres. Cuando éstos encuentran una presa, comen hasta hartarse y dejan el resto a los demás. Tú, en cambio, después de hartarte, almacenas y guardas lo restante.
- 351 Nada hagas por vanagloria; ni aun las cosas útiles, como, v. g., labrar un cuchillo. Tampoco debes alentar en sus trabajos a quien los haga por vanidad. Evitar la vanagloria supone una gran perfección. Un solo Ser se puede gloriarse en sus obras: el que todo lo hace con perfecto desinterés –Dios–.
- 352 Cuanto más viejo y desgarrado está tu hábito, tanto menos te importa lo que le ocurre. ¿Por qué no sigues esta norma con tu cuerpo?
- 353 Ninguna cosa hay más presente al alma que ella misma. ¿Por qué, pues, no se conoce más? Parece que debería ser el objeto más conocido. Si uno tuviera, v. g., un cuchillo en la mano, movería a risa, si preguntase por él. ¿Y qué hay tan a mano para el alma como su mismo ser? ¿No será éste el objeto más obvio y fácilmente cognoscible? Y si no sabe conocerse a sí misma, ¿qué podrá conocer?
- 354 Toda la perfección o imperfección del hombre, depende de su voluntad: del modo cómo ordene o desordene sus apetitos.

355 Por más que hagas y deshagas, ¿llegarás a conseguir que el cuerpo no muera? Más tarde o más temprano, la muerte es inevitable. ¿Y en qué para después el cuerpo? En un foco de podredumbre y gusanos.

Los que en tiempo de los mártires apostataron por temor a la muerte, ¿qué ganaron? Perdiéron al Señor para siempre. Y la vida temporal, ¿acaso la conservan aún? Algún consuelo hubiera sido, pero también la perdieron. Es decir, por mirar por su vida temporal, lo perdieron todo, incluso la misma vida temporal.

Capítulo III: El prójimo

356 Provechoso es para ti, que te amen los santos; y más provechoso aún para ellos mismos. Amándote, tienen en sí la experiencia de la caridad, la experiencia de Dios. El amor se convierte de este modo en recompensa de sí mismo.

357 Si tienes el mismo defecto u otro peor, ¿por qué no corriges en ti lo que reprendes en los demás?

358 ¿Quién es más digno de compasión, el inocente asesinado o su asesino? El primero ha perdido la vida temporal, despreciable; el segundo, la eterna.

359 “*Unusquisque in suo sensu abundet*” (Rm 13, 1). Las cosas van bien para cada uno, si se hacen según su gusto; mal, en el caso contrario. Mas, ¡a cuántos engaños se expone quien se guíe por su propio sentir!

360 A los que podéis elegir médico o padre espiritual, os doy un consejo: elegidlo tal, que no se espante ni por vuestra enfermedad ni por nada.

361 “*No he venido al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo*” (Jn 12, 47). Es decir, no he venido a ejecutar la sentencia de condenación en los que lo merecieron, sino para enseñar, misericordioso, el modo de evitarla.

362 No muestres disgusto por las personas, sino por las faltas. Y esto con caridad; como quisieras lo hicieran contigo. No es el hombre lo que te ofende, sino las faltas que lo afean.

¿Para qué abres el absceso del enfermo? Para que sane, como habría que hacerlo con los tuyos. Haz lo mismo con las heridas del alma: nunca las abras, sino para curarlas.

No te preocupe lo que hacen los demás, sino cómo te aprovechas tú de sus modos de obrar. Porque de todo se puede sacar partido. Y muchas veces, más de lo malo que de lo bueno.

Si desdeñas a los malos, comienza por hacerlo contigo mismo. Tanto los buenos como los malos son materia de buenas obras para el justo, alegrándose con los unos o compadeciénd-

dose de los otros.

- 363 Tu puesto connatural es ser un igual. Un hermano caritativo y servicial, no dominador soberbio. Haz, pues, todas las cosas con caridad y sin altivez alguna.
- 364 La verdad es un bien. Los hombres, sin embargo, se sirven de ella con frecuencia como de una espada: para herir a su prójimo. No la uses tú así. Administra siempre la verdad con la intención de hacer el bien. Injurioso sería para ti que alguien te juzgase tan perverso y torcido que, cuando quisiese vengarse de un enemigo, lo pusiese en tus manos como quien lo pone en un suplicio.
- 365 No dominador altivo, sino un compañero servicial, es lo que debes ser. Y te has de gozar, no en ver cumplidos todos sus gustos, sino en que queden remediadas con simplicidad sus necesidades.
- 366 La ciencia se transmite de unos a otros. También los rencores.
- 367 Cuando a alguien se le hace una incisión, o se le pone un botón de fuego, grita. Nada tiene de extraño, porque le duele. Lo mismo quien es corregido. Mas tú, que corriges, ¿por qué tienes otros sentimientos que el de la compasión?
- 368 A quien no te pone algo en la boca –es decir, a quien no obra según tu gusto–, le declaras guerra santa (Mi 3, 5). En este pasaje, por «boca» hay que entender voluntad propia.
- 369 Las cosas que mudas, o las destruyes o las vuelves mejores. Lo primero hay que hacerlo con los vicios; lo segundo, con los hombres.
- 370 Lo que estudias en los libros, puedes verlo con tus propios ojos en los hombres: en su trato puedes aprender lo que te conviene hacer o evitar.
- 371 Todos se esfuerzan en hacer lo que quieren. Procura moverlos a que quieran lo que deben.
- 372 Una corrección es el más útil de los servicios. Pero tú no te gloríes de haber prestado semejante favor, si al hacerlo te faltó la caridad debida.
- 373 Un bien, hecho con mala intención, será tenido por falta el día del juicio, y viceversa.
- 374 Si tu obligación es castigar a los que han pecado, cumple con celo este deber, pero comenzando por ti mismo. De nadie conoces con tanta certeza que haya pecado. Continúa después por los demás, “*porque todos han pecado*”, dice San Pablo (Rm 3, 23). Cúmpelo en cuanto puedas; y cuando no puedas, deséalo. Basta la intención de hacer el bien, cuando no se puede llegar a la obra. Mas es sumamente culpable quien, al no poder hacer el bien, ni siquiera lo desea.
- 375 Vicio es preocuparse de los pecados ajenos, y vicio no preocuparse. Pero también son virtud

ambas cosas, si añades deseo de la enmienda del prójimo. Quita este caritativo deseo, y tendremos otra vez el vicio.

376 Hemos de desear, no tanto que los hombres no puedan, como que no quieran pecar. No el no poder, sino el no querer pecar es lo meritorio. Si es ya pecado su simple deseo, nadie puede contener a los hombres de pecar, sino quien puede influir en sus deseos: Dios. ¡Ojalá no pudiésemos querer el mal, pues entonces no podríamos pecar!

377 Poderosa impotencia, no poder querer el mal. Éste es uno de los poderes del Señor. Por el contrario, impotente, y mucho, quien pueda querer lo que lo daña. Y tanto más débil y sujeto a los enemigos se encontrará, cuanto más ejercite este pernicioso poder.

378 El nombre de Cristo es Jesús, Salvador. Cuando, por cualquier causa, dejas de procurar la salvación de un hombre, te apartas de Cristo, es decir, de los miembros del Salvador.

379 No es lo mismo pretender herir que querer enmendar. Lo uno es caridad, lo otro crueldad.

380 Nada está prohibido a la caridad; para el egoísmo, por el contrario, todo está vedado.

381 No se nos ha concedido el mando para utilidad nuestra, sino para provecho de nuestros prójimos. Lo mismo se puede decir de otros dones, v. g., la facilidad de palabra.

382 O el médico no ama al enfermo, o lo cura sin dolor, si puede y cree convenirle al enfermo.

383 No el quitarle a uno lo superfluo, sino el convencerlo, con la palabra y el ejemplo, que lo deje, es lo que le aprovecha. Y esto es lo que tiene mérito, no lo otro.

384 Los hombres se quejan de no poder alcanzar sus deseos, no de si tales deseos están ordenados o no al debido fin. Como si nada de malo pudiera haber en sus aspiraciones. La verdad es todo lo contrario: los males del hombre no existen sino en su voluntad.

385 No se le encomienda un enfermo al médico para que lo trate según su antojo, sino según la necesidad del enfermo. Y no para que domine sobre él, sino para que lo cure.

386 La ley cuyo cumplimiento exiges a los demás, cúmplela tú el primero. No es una ley dada por ti: estás sujeto a ella en lo favorable y en lo penoso. Cuando des una orden, recuerda que serás medido con la medida con que midas a los demás (Mt 7, 2). Sé misericordioso. No ocurra que, siendo ahora duro con tus súbditos, lo sea también algún día el Señor contigo. *“Porque el juicio será sin misericordia para quien no hizo misericordia”* (St 2, 13).

387 Todos se esfuerzan por ver realizados sus deseos. Pero, ¿quién les asegura que en esto consiste su bien?

388 El soberbio no tolera ni al superior, ni al igual. En realidad, todos son inferiores para él. Él es un ser único: otro Dios. Mas dioses no puede haber, sino uno; luego quiere que Dios no

exista. Con razón dice la Escritura: “*Dios resiste a los soberbios*” (St 4, 16).

389 ¿Qué buscamos en los santos? Oraciones, doctrina, ejemplos. Es lo que debemos prestar caritativamente a los demás. No procurar el bien del prójimo como el nuestro, es injusto para con él, pues dice el Señor: “*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mt 5, 43). Todos debemos mirar por el bien de cada uno y cada uno por el de todos. Una falta de caridad cometida, es un robo: una substracción de un derecho concedido por el Señor.

390 Una cosa es hacer desaparecer un hombre, y otra hacer desaparecer un impío. La muerte consigue lo primero, mas no lo segundo. Al morir el cuerpo, la bondad o maldad del espíritu no quedan destruidas, sino eternizadas. Quien quiera hacer desaparecer un impío, tiene que conseguir que cambie su espíritu: de malvado tiene que pasar a ser una “malva”.

391 “*Nolite condemnare*” (no condenes) (Lc 6, 37). Obre bien o mal el prójimo, tú no busques sino su salvación. No condenes a nadie. Perdona. También tú cometes mil faltas, que han de perdonarte Dios y los hombres.

392 El moribundo y el pecador buscan dos cosas: vivir y permanecer ocultos. Dos imposibles. La muerte es inevitable. Y en cuanto al ocultarse, dice el Evangelio: “*Nada está encubierto que no se revele, ni nada oculto que no se descubra*” (Mt 11, 26).

393 Imagínate dos médicos con sendos enfermos que curar. El uno odia secretamente a su cliente y le da, según él cree, un veneno mortal. El enfermo, empero, sanó. El otro médico, amigo entrañable del enfermo, le receta, con sumo interés, un jarabe que, según espera, le ha de volver la salud. Sin embargo, murió.

En nuestras acciones lo que cuenta es la intención, buena o mala. “*Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*”, dijeron los ángeles (Lc 2, 14). A los de mala voluntad, en cambio, no les esperan sino inquietudes y remordimientos.

A veces, sin embargo, se truecan los términos, por el desconocimiento que tenemos de la intención: al médico se lo tiene por asesino y viceversa.

394 Un deseo irracional irrealizable, es al mismo tiempo una locura y una tortura. Es locura, por ir contra la razón; y es tortura, por la imposibilidad de alcanzarlo. Pero si, por desgracia, se unen la irracionalidad del deseo y la facilidad para ponerlo por obra, entonces tenemos una locura sin freno; un peligro mortal para sí mismo, en primer lugar, y después para los demás.

395 A veces, hacemos un bien, pero no lo hacemos del modo debido. Nos falta la rectitud de intención. Es lo que ocurre frecuentemente con las correcciones. Resulta entonces una obra de caridad hecha sin caridad.

396 Te molesta un ratón, y no concibes rencor ninguno, por su inconsciencia. ¿Y por qué tantos rencores cuando te molestan tus prójimos inconscientemente?

397 Supongamos que existe un hombre que, por inspiración divina, conoce todo lo oculto del corazón humano, y qué cosas lo aprovechan o lo dañan. Este tal, si existiera, obraría a favor de los hombres, tanto concediendo unas cosas como quitando otras que sabe serán ocasión de abuso por parte del hombre, y, por tanto, perniciosas. A veces incluso, haría un gran favor enviándole la muerte. ¡Qué suerte, v. g., para Judas, si se hubiera muerto un día siquiera antes de pensar en su crimen!

Pero éste es un supuesto falso. No sabemos lo que se puede esperar de cada uno. Nunca debemos perder la esperanza de su enmienda.

Además, los malos sirven de crisol para los buenos: el impío vive para el justo, para purgarlo y perfeccionarlo. De Judas dice el Evangelio que *“mejor le hubiera sido no haber nacido”* (Mt 26, 24). El Señor, sin embargo, conserva su vida para intervenir con sus planes. Aunque inconsciente, es un instrumento en las manos del Señor. Por él purga al justo en el fuego de la tribulación. En el Antiguo Testamento llama Yavé a Asur *“la vara de su furor”*. Y la vara hay que conservarla mientras haya un niño que necesite castigo.

“Con vuestra paciencia conseguiréis la salud de vuestras almas” y *“con su constancia sacó fruto de la tierra buena”* (Lc 21, 19; 8, 15). ¿Y cómo puede haber paciencia sin sufrimiento? ¿No es éste quien la ejercita para hacernos perfectos? (St 1, 4).

Existen, pues, poderosas razones para comprender por qué el poder está, a veces, en poder de los malos: para que los buenos, purificados en el crisol de la tribulación, consigan una corona eterna más gloriosa.

¿Te indignas por esto? Indígnate también de que las uvas o las aceitunas sean prensadas y de que el trigo sea molido. ¿Acaso quisieras que fuesen las aceitunas o las uvas las que prensasen a la máquina?

398 No siempre te debes alegrar de haber conseguido una cosa. Quizá sea un obstáculo para la unión con Dios. Lo mismo se ha de decir cuando la alcancen los demás. Es una consecuencia del principio: *“Amarás al prójimo como a ti mismo”* (Mt 19, 19).

399 No debes alegrarte de que uno alcance lo que desea, si ello es estorbo para la unión con Dios. No debes alegrarte, v. g., de que la esposa infiel realice su mal deseo. Tampoco te deben preocupar sus lágrimas por no poder realizarlo.

400 A ti te encomiendan dos sujetos: enfermo el uno, mas no incurable, y sano el otro, pero a punto de enfermar. ¿A cuál de los dos habrías de prodigar mayores cuidados? ¿No los habrías de cuidar a los dos por igual, sobre todo teniendo en cuenta que era más fácil curarse el enfermo, que no enfermar al sano?

De ningún enfermo se debe desesperar; tampoco se puede estar seguro de ningún sano. Recuerda la frase de los Proverbios: *“No alabes al hombre mientras viva: no sabes lo que traerá el día de mañana”* (Pr 27, 1). Paralelamente, se puede decir: No vituperes al hombre mientras viva; no sabes si se corregirá el día de mañana.

401 Puedes conocer, con la ayuda del Señor, cómo deba ser el alma humana. Mas de ninguna

conoces con perfección cómo sea, ni aún de la tuya misma. Debe ser toda alma racional devota con todo su corazón para con Dios, porque está escrito: “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón...*” Para con el prójimo benigna; porque sigue la frase: “... *y al prójimo como a ti mismo*”. En esto consiste toda salud y perfección; y no deberían mover otros afectos al hombre, sino este doble amor. Éste debería ser el motivo de todas las acciones humanas, aun de las más pequeñas, como pestañear o mover el meñique. Mas ¿quién es capaz de hacerlo? Nos hemos de esforzar, sin embargo.

Obras de devoción para con Dios, son: la contemplación, la oración, la meditación, la lectura, la salmodia y la celebración de los sagrados misterios. Un mayor conocimiento y amor de Dios es el fin de todo esto.

Obras de caridad fraterna, son: tolerar las faltas del prójimo, rogar por él, administrarle los santos sacramentos, ayudarlo con la palabra, el ejemplo y la corrección.

Más aún: hasta las cosas necesarias al cuerpo, como la comida, la bebida, el vestido, la casa, la medicina, la sepultura y cualquier otra cosa, son obras de caridad. La palabra, puede ser o de enseñanza, o de aliento, de consejo, o consuelo, de censura o reproche.

402 Peligroso don el del libre albedrío en el hombre. Muchos son los que no tienden en sus deseos sino a lo inútil o pernicioso. ¿No es esto portarse como un niño tonto, a quien se ha dado permiso para perder el tiempo a su gusto, o como un loco, que quiere matarse y se lo deja suelto?

403 “*No sois vosotros, sino el Espíritu de vuestro Padre, quien habla en vosotros*” (Mt 10, 20). Lo que se dice del hablar se puede decir también de las demás obras, y, en general, de toda bondad del hombre. No sois vosotros los que hacéis esto, sino “*la caridad de Dios difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rm 5, 5).

404 Mira cómo trabajan los hijos de Adán por alcanzar sus deseos, sin pensar en si van o no errados en su intento. Como si no pudieran equivocarse.

Mira también cómo se afanan por un éxito dudoso. Mejor dicho, por un fracaso cierto; porque siempre será un fracaso conseguir lo que se ha de perder poco después: los bienes temporales. Y, a veces, ni aun esto alcanzan.

405 Con la misma intención recomienda el médico al enfermo las cosas amargas y las dulces, las duras y las blandas, las ásperas y las suaves: con la intención de que sane. No le aplica ningún remedio por ser amargo y áspero –sería una crueldad–, sino por ser salubre, es decir, por caridad.

406 Los que no cumplen con su deber de amar a todos por igual, llevados de sus simpatías o antipatías, son los más suspicaces y recelosos. Juzgan a los demás por lo que ven en su propio interior. Y así, buscan el favor de los demás y temen su odio, porque, por propia experiencia, conocen los efectos de dejarse llevar de tales pasiones.

407 Quien piensa poder compaginar el amor al mundo con el amor de Dios, se engaña. No sólo

carece de amor de Dios, sino que está enemistado con Él. “*¿No sabéis que el amor para con el mundo es enemistad para con Dios? Quien, por tanto, quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*” (St 4, 4).

408 Alégrese quien haya encontrado un trabajo, cuya recompensa no es temporal, sino eterna, y llame a él a sus amigos. ¿Qué trabajo es éste? Hacer bien a los hombres por Dios.

409 ¿Prestas un servicio a otro por la utilidad que te reporta a ti mismo? No a él, sino a ti lo prestas.

410 Los servicios que se han de prestar mutuamente los hombres, son muchos y muy diversos, mas una sola la intención: la caridad.

411 Unos contemplan la justicia y la verdad en el mismo Dios; otros descubren estos mismos atributos divinos en los hombres veraces y justos, y con esto se impresionan y elevan.

412 El primer deber del médico en la cura de un enfermo es sondear la llaga. El segundo, aplicar los remedios oportunos.

413 Amar es dar culto. Amar la criatura, idolatrar. Tanta diferencia hay, pues, entre un adorador de Dios y un ídólatra, como entre un amante del Señor y un esclavo de la criatura.

414 No deberías ansiar tener a los demás en tu favor, sino con un fin: influir con eficacia en su bien. Es un caso parecido al del médico. Le conviene muchas veces estar rodeado de prestigio para captarse la confianza el enfermo. Apenas se influye en quien no se entrega confiadamente.

415 Observa cuáles son las cosas cuya enmienda se ha de procurar. No las perfectas en grado sumo. Tampoco las totalmente deshechas, porque ni unas ni otras admiten mejora. Luego hemos de trabajar en las medianas. No te extrañes, pues, de que sea ésta la materia en que te encarga el Señor trabajar con tus súbditos.

Capítulo IV: Las criaturas

416 ¡Cuánto más fácil es el camino para la Vida por las cosas amargas que por las dulces! Más fácil se frenan la lujuria y demás concupiscencias donde no hay blanduras ni encantos.

417 Mira cuánto más vivos sentimientos levantan en ti las cosas que ni siquiera se pueden nombrar que el Señor, y cuántos más son los que siguen sus bajos instintos que a Dios.

418 Disgustarse en el error es el primer paso hacia la verdad.

419 ¿Por qué reclamas la propiedad de ti mismo más que la de otros hombres o campos, si tanto en ti como en los demás nada has creado? ¿Con qué derecho exiges para ti alguna de las cosas que no creaste, como no te creaste a ti mismo?

420 Por muchos que sean tus bienes y por seguros que estén, no te verás libre, sin embargo, de las molestias de ratones, piojos, pulgas y moscas.

421 ¿Te atreverías a poner tu confianza toda en sólo las cosas de este mundo? Si, pues, no puedes confiar en ellas plenamente, déjalas. ¿A qué nadar a dos aguas?

Las cosas de este mundo cuesta mucho el adquirirlas, no es posible conservarlas, ni tampoco confiar en ellas. ¿Por qué pegarse y gozar en tales cosas?

422 ¡Cuántas cosas hay en ti que las puede aplaudir el diablo!

423 ¿Qué es la utilidad? La verdad. La cual, por deleitar a los espíritus más elevados, es el mayor de los bienes.

424 Hasta las avellanas y las moras tienen en sí algo que las hace apetecibles, ¿y no lo han de tener la verdad y la paz?

425 Miseria del alma es sentir turbación. Y esto es lo que sucede en ti, precisamente cuando te hacen un bien: quitarte las cosas temporales, es decir, arrancarte la espada con que te mataba el enemigo.

426 Si pones tu confianza en una despensa repleta, ¿no es esto lo que hacen los usureros? ¿No es una idolatría? ¿Que la despensa no tiene forma de ídolo?... No importa. Fíjate en lo que sientes cuando la ves vacía.

427 Se desnuda la herida para curarla. Lo mismo al alma. Hay que despojarla de lo que posee para sanarla.

428 Cuanto más apegado estás a esta vida y a las cosas que le pertenecen, más próximo estás al pecado.

429 No te hagas esclavo de las cosas temporales: vales tú más que ellas.

430 Errar en lo que nada nos va ni nos viene, nos es sensible: equivocarnos en cosas de capital importancia, nos resulta indiferente. ¡Cuántos son los que tienen puesto su amor donde no deben –error fatal–, y no se duelen de ello!

431 Quien se acoge a la justicia, sirve a su propia causa, no a la de la justicia. No ha de ser ésta la defendida, sino que hemos de acudir a ella buscando refugio, para no perecer. Ésta es la gran justicia: no defenderse.

- 432 Mira cuánta es la diferencia entre los sentidos corporales y la fe y el entendimiento.
- 433 La luz y virtud de tu alma, dependen de tu libertad. Y mira cuántas son las cosas que te atraen y atan. Así eres de ciego y flaco en la virtud.
- 434 Nada ha de hacerse en razón de lo que vale en sí, sino en miras a conocer y amar a Dios.
- 435 Mira cómo todas las cosas se apetecen, o por sí mismas, o por otras. Es decir, a todas las cosas tendemos, o como fin o como medios, desde las vacas hasta el pan que comemos.
- 436 No debes pensar en otro cambio que en el de ti mismo, esto es, en el de tu entendimiento y tu voluntad, en cuanto a las demás cosas, puedes desear su reforma, si conviene. Porque en tales cosas, hasta los mismos males, si sabes utilizarlos, pueden servir para tu bien.
- 437 ¿Has visto cómo reaccionan las hormigas cuando les destruyen el nido? Tienen un momento de actividad intensísima. Cada una, olvidada de sí misma, toma lo que puede, lo que ella estima: un huevo, una larva... Estima tú también así la verdad y la paz y guárdalas con el mismo interés.
- 438 Cuanto más estima uno los bienes temporales, tanto mayor es su sufrimiento al carecer de ellos, y mayor, también su compasión por los indigentes. Lo mismo ocurre con los bienes eternos. Señal es, por tanto, de tener este amor en grado sumo, el sentir gran compasión por lo pecadores.
- 439 Nos alegramos con el feliz, nos entristecemos con el desgraciado. ¿A quién juzgamos feliz, a quién desgraciado? A quien tenga o carezca de aquello que nosotros juzgamos digno de ser amado y poseído. ¿Te compadeces del pobre? ¿te alegras con el rico en bienes materiales? No eres envidioso, pero juzgas lo transitorio digno de ser amado.
- 440 ¡Ay de aquel cuyos goces o placeres tienen principio y fin!
- 441 La ignorancia es causa de tu paz temporal. Porque nunca permitirías a tu alma gozarse y descansar en lo transitorio, si conocieses su vanidad.
- 442 Manda Dios al hombre tener grande amor a lo eterno y poco o nada a lo temporal, y el hombre ha tergiversado los términos. Un simple “quid pro quo”. Y así, se desvive por lo temporal y poco o nada le importa lo eterno.
- 443 Al amar el cuerpo y las cosas corporales, el amor, que es vida, luz, libertad y, en cierto sentido, inmensidad, muere, se entenebrece, queda encadenado y se hace mezquino.

El oro no se funde si no se mezcla con azogue. Así, nuestra alma permanece invulnerable e incorrupta mientras no se mezcle a lo transitorio y corruptible. Mas una vez que se haya unido a lo material, es tan corruptible, o más, que la misma materia. En efecto, una pequeña inmutación en el cuerpo, una picadura de una pulga, v. g., produce una grande y doloro-

sa angustia en el alma. A la picadura de la pulga quedan averiados ambos: cuerpo y alma. Ésta, por el dolor; aquél, por la picadura. Curada ésta, juzgas que también ha sanado el alma, cuando en realidad queda ella con la misma flaqueza, a la que sucumbe cuando es herido el cuerpo.

La debilidad del cuerpo no se puede sanar en este mundo, sino que va de mal en peor; la del alma, sin embargo, si no la comenzamos ahora, no la alcanzaremos en lo futuro.

444 Creemos tanto más fácilmente una cosa, cuanto nos sea más desconocida, nos parezca más fácil y sea mayor la autoridad de quien la refiere.

445 Mira el aprecio que hace el mundo de la pobreza y vileza: el pobre se ve solo en medio de la ciudad; el rico, aun en el desierto, se ve rodeado de amigos.

446 No menos misericordioso se muestra el Señor cuando te quita las cosas temporales que cuando te las da.

447 Conversa con las cosas a las que estás apegado. ¿No puedes? Avergüénzate, idólatra.

448 Observa cómo lo menos noble de los cuerpos ejerce sobre tu alma la atracción de un imán; la cautiva. Hace lo que la sandalia de Judit con Holofernes, que, según dice la Escritura, "*captivam fecit animam eius*" (Jdt 16, 11). Cautivó primero, no el cuerpo, sino el alma, y después el cuerpo a través de ella.

449 Querer un bien que necesite de otros, no es remediar nuestra miseria, sino aumentarla.

450 La misma miseria es alegrarse que entristecerse por un motivo desordenado. Lo uno es causa de lo otro. El gozo culpable engendra la mala tristeza. ¿Por qué sufre la esposa infiel al verse apartada de su cómplice, sino por el gozo tenido en su compañía? Tan culpable es la tristeza de la ausencia, como el gozo de la presencia de su mal compañero.

451 ¿Para qué hacer ídolos a los que dar culto? Nunca pasarán de ser materia inanimada, inferior a nosotros, seres vivos. Lo mismo podemos decir de las cosas materiales, por las que tanto nos afanamos. Son inferiores a nosotros; no tenemos por qué ser esclavos de ellas.

Éste es el colmo de la desventura humana: abandonar lo que la dignifica –Dios–, y pegarse a lo que la envilece –lo temporal–.

452 ¿No tienes por necio al niño antojadizo que quiere todo lo que ve, una pelota, una flauta, un pajarito, o cualquier otra cosilla? Pues examina cuánto te mueven las cosas que ves o imaginas. ¿No te pareces también tú a semejante niño?

453 ¿Te has fijado en la zarza? Apenas queda una ramita tocando tierra, en seguida echa raíces. Lo mismo tu alma: echa raíces en cualquier parte. Raíces hondas, difícilísimas de extirpar. Arraiga, sobre todo, en lo sensible. Más, hasta en cosas tan aéreas como la fama y el favor de los hombres, encuentra el modo de enraizar.

- 454 Mira cómo has de pedir a Dios las cosas temporales. Dice el Señor: “*Padre, si tú lo quieres, pase de mí este cáliz*” (Lc 22, 42). Así has de orar tú, tanto si se trata de conseguir un bien, como de evitar un mal temporal. Y después, añade con corazón sincero: “No se haga, sin embargo, mi voluntad, sino la tuya” (Mt 26, 39).
- 455 Está bien que mires por los edificios, las cercas, los sembrados, los pastos, los bosques... Todas estas cosas, Guigo, son medios para tus fines. Haces bien en procurar mejorarlas. Pero te excedes un tanto en ello. Toda tu alma se te va en ver cómo van las cosas materiales. Entretanto, descuidas lo principal: el aprovechamiento de tu espíritu.
- 456 Imagínate dos idólatras: el uno, se alegra de que sus ídolos permanezcan en pie; el otro se lamenta de que hayan caído por tierra. ¿Cuál es mayor desgracia, la alegría de uno o la tristeza del otro? ¿No son los dos igualmente desgraciados? ¿Por qué se duelen uno y otro, sino por la desordenada afición cobrada al ídolo, y por haber puesto en él su gozo? Por que este gozo desordenado es un mal, ya que dispone al alma a futuras tristezas, nada santas. Mas el mal verdaderamente detestable son las tinieblas del alma: ha puesto su corazón donde no debe, y esto es causa de gozos desordenados y de tristezas inútiles.
- 457 Queriendo el Señor destruir las cosas materiales, lo tiene ya predicho. No nos apeguemos, pues, a tales cosas, si no queremos perecer con ellas.
- 458 Un niño puede formar hermosas bolitas, lo mismo tomando una gran masa de arcilla que tomando una pequeña. Así también el justo puede hacer una obra tan grata a los ojos de Dios con una limosna pequeña, como otro con una grande. Recuérdese lo que dice el Evangelio de los dos centavos de la viuda. Y también que “*un vaso de agua fresca no quedará sin recompensa*” (Mt 10, 42).
- 459 Criaturas de Dios sois tú y las cosas que te rodean. Pero tú, mucho más noble, sin comparación. ¿Por qué, pues, te pierdes por ellas, mientras que ellas ningún caso hacen de ti? Te pareces al idólatra: muy obsequioso con un ídolo que ningún caso hace de él.
- 460 “*Omnes dii gentium dæmonia*” (Sal 95, 5). Los dioses de los gentiles son los demonios, seres vivos, inmortales; y, aunque malos, ángeles. Pero tus dioses, ni siquiera esto: estás apegado a cosas sin vida.
- 461 ¡A cuántas miserias estás sujeto! Las criaturas, unas, te sirven de lazo con falsos halagos; otras, te causan aversión por su repugnancia. No puedes librarte de servir de algún modo a las criaturas. Es una necesidad del cuerpo. Pero, ¡ojalá te sometieras a las criaturas, sólo en cuanto lo necesita el cuerpo! ¡Cuántas veces tomas lo dañoso por serte grato, y dejas lo saludable por resultarte molesto!
- 462 No dolor, sino vergüenza por haberte apegado a tales cosas, es lo que debieras sentir al perder lo precedero.

- 463 Las cosas pasadas nada son ya. ¿Y las futuras? También las puedes juzgar por nada; pasarán lo mismo que las primeras. ¿Qué te queda, entonces? O la nada, o el Señor, único y verdadero bien.
- 464 Confianza y fruición: dos modos ilícitos de apegarse a las criaturas, principalmente. Porque, o te apoyas en ellas como enfermo, poniendo allí tu esperanza; o gozas de ellas como si fueran el objeto de tu dicha.
- 465 No los bienes de fortuna, sino su buen uso, es lo que hemos de ansiar. Como dice la Escritura: “Quien se apresura a enriquecerse no estará sin culpa” (Pr 28, 20).
- 466 Entra uno en la mar, y allí son los lamentos y temores de los que la aman. Sin embargo, los peligros se pueden reducir a uno: el naufragio. Y éste no cierto, sino más o menos probable. Mayores deberían ser nuestros temores y nuestros llantos cuando entra uno en el mundo al nacer. Porque, ¡ojalá los peligros del recién nacido no fueran sino uno! Mas, por desgracia, son éstos muchos y ciertos: ninguna esperanza queda de salir con vida de ellos.
- Colige, por ende, cuánta sea la desventura de los nacidos. ¿Han pasado la fiebre? Les espera la parálisis, la gota, u otra dolencia. Salir de un peligro, es exponerse a otro, que vendrá inevitablemente. Hasta que en uno se reciba el golpe de gracia, y acabe la vida del desventurado mortal.
- Entrar en la mar era exponerse a un peligro probable. Entrar en el mundo es exponerse a muchos e inevitables.
- 467 ¿Por qué poner tu dicha en gozar de las cosas sensibles? Si con esto no haces sino rebajarte. ¿No ves que tú eras superior a ellas?
- 468 No se han de desear los goces de la carne, por ser pasajeros. Luego o no quieras nada, o ansía sólo lo eterno.
- 469 De tanta dignidad es refrenar las malas tendencias, como seguir las buenas. Lo uno, es propio de los ángeles; lo otro, de los hombres santos, en los que “*el espíritu codicia contra la carne*” (Ga 5, 17). Ambas cosas enseña a los dos Cristo, Verdad. Asimismo, grande es también el mérito de la penitencia, aunque no tanto como el de la inocencia.
- 470 Contrición de los pecados, gozo en el Señor. Aborrecimiento del mal y amor al bien. Desprecio de la criatura y estima del Creador. Gozo en el Esposo y apartamiento del mundo. Perseverar en el bien y apartarse del mal. Estas cosas, unas se encuentran en los hombres, otras en los ángeles; mas todas las obra el mismo Espíritu de Cristo.
- 471 ¿... Cosa más mudable y de menos tomo que un sabor, v. g., el de la miel, o un humor o calor, como, v. g., los del cuerpo?... Sin embargo, mira cómo te va cuando se te mudan o perturban.

472 ¿Distingues lo blanco de lo negro? ¡Ojalá distinguieses con la misma claridad las cosas que te ennoblecen de las que te envilecen! Es decir, aquello en que no puedes poner tu afecto, de aquello que debes amar. *Attende diligenter.*

L.J.C. et B.V.M

Apéndice

473 Véase el Pensamiento 82.

474 Recibe con gozo a la verdad, como al Señor en persona. A la mentira, tolérala con paz, o repréndela.

475 No hacer, sino adquirir la felicidad –Dios–, es lo que se manda al hombre. Solamente puede hacer feliz al alma humana lo que le da el ser, la vida, el gusto, el descanso y seguridad plena de no perderlos. El que carece de alguna de estas cosas no es feliz.

476 La potestad secular proclama sus edictos. Por mero capricho, muchas veces. Todos, sin embargo, los temen, y apenas nadie se atreve a violarlos ocultamente. Los mandamientos de Dios, ni se temen, ni se aman. Se falta a ellos públicamente; e, incluso, hay quien se gloria de ello.

477 Hemos de servirnos de los hombres para hacer la voluntad de Dios; no servirnos del Señor para hacer la voluntad de los hombres.

478 Es lícito enojarse con quien falta; pero sólo cuando lo aconsejen la prudencia y el bien de la persona así corregida.

479 Te pueden decir las cosas temporales: “¿Acaso eres libre al usar de nosotras? ¿No soy yo, el frío, quien te obligó a buscar el calor? Luego eres nuestro esclavo”.

480 Si encontrases qué contemplar en tu interior, no te derramarías en las cosas exteriores.